

# LA PROTESTA

PORTE  
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII  
N.º 294

BUENOS AIRES, OCTUBRE 29 DE 1928

El ejemplar  
20 Centavos.



HINOSIOS  
F. C. I.

## *SUMARIO DE ESTE NUMERO:*

D. A. DE SANTILLAN: El movimiento anarquista como causa de decadencia de la idea—RUDOLF ROCKER: Los seis caminos—SPARTACO ACRATE: Anarquismo realizador—MAX NETTLAU—La fase actual del combate entre la libertad y la autoridad—ERRICO MALATESTA: La guerra y los anarquistas—LUIS FBBBRI: Guerra y revolución—NEMO: Diez años después de la gran guerra—ELISEO RECLUS: La anarquía y la iglesia—BIBLIOGRAFIA



D. A. DE SANTILLAN

A P U N T E S

## El movimiento anarquista como causa de decadencia de la idea

Como idea, la anarquía está más firme que nunca en su puesto a la vanguardia de la humanidad; es un faro que anuncia el buen camino, es un jalón a lo lejos que marca el norte de la libertad y el bienestar para todos. No es culpa de la anarquía si los demagogos, los dictadores, los usurpadores, consiguen transitoriamente desviar a los hombres de la consecución de sus destinos, deslumbrarles y arrastrarles por falsos senderos de perdición y de ruina. La culpa, en todo caso, será más bien nuestra, que no sabemos contrarrestar la obra del mal y de la mentira y hacer prevalecer nuestras interpretaciones sociales y morales.

Existe un movimiento reivindicador de una más alta cultura, que acusa al sistema económico aplastador del capitalismo, que repudia el autoritarismo del Estado, que pretende volver a poner al hombre en el centro de la vida; el nombre importa poco; pero escuchad sus expositores, leed sus libros, penetraos de sus inquietudes e idealidades y advertiréis en esa corriente que hoy se manifiesta sólo en el campo intelectual, un hermoso fondo libertario, que os seduce porque descubriste en él una crítica a la situación actual y una base doctrinaria constructiva que es lo que ha caracterizado siempre las aspiraciones anarquistas.

La existencia de esa corriente intelectual libertaria que no quiere saber nada de nuestro movimiento, que tal vez lo rechaza sin conocer a fondo la verdadera esencia del anarquismo, nos ha hecho pensar más de una vez que a fuerza de quedar al margen de la vida y de la historia, un día podremos ver la antorcha de nuestra idea en otras manos, bajo otro nombre, con otro ropaje y nosotros, so pena de perecer ideológicamente, tendremos que acabar por confesarnos el pecado de una funesta estrechez mental.

La anarquía como idea es una veta roja que atraviesa la historia desde los tiempos más remotos; siempre hubo rebeldes y pensadores libertarios; pero los nombres de las insurreccio-

nes y de las corrientes de pensamiento anarquista fueron diversas; hubo excelsos filósofos griegos que proclamaron la doctrina de la libertad completa, hubo místicos que abogaron, como Peter Chelehiky, por la supresión del Estado y de las instituciones autoritarias, hasta llegar a nuestros días en que la idea de la libertad había cristalizado en fuertes movimientos de masas organizadas y que parecían dispuestas a la victoria. Sin embargo, puede ser que el actual movimiento anarquista represente en la historia sólo una fase de transición de una gran idea y no el instrumento definitivo de su realización. Ese es el pensamiento que nos ha hecho vibrar algunas veces, que nos ha llenado de melancolía y que nos ha inspirado el afán de redoblar nuestros esfuerzos para abrir resueltamente una brecha de libertad hacia el porvenir.

Por desgracia el movimiento anarquista actual se caracteriza por una ausencia casi completa de toda preocupación mental; era un movimiento de estudiosos y hoy se inclina en cierto modo al repudio de toda cultura. En lugar del obrero estudioso de otros tiempos, tenemos la peste del intrigante, del hablador, del difamador que no deja piedra sobre piedra. En lugar de la solidaridad y del compañerismo tenemos el odio, la eterna guerra de compañero a compañero; en lugar del respeto mutuo tenemos la mutua denigración. Todos los límites morales del buen sentido y de la decencia han sido rotos. Cualquier advenedizo, cualquier recién llegado, es una enciclopedia de chismografía y conoce al dedillo todo un rosario de insultos o menosprecios para los hombres y las cosas del movimiento que no pertenecen a la propia capilla, cada vez más repulsiva y estrecha. Las ideas importan poco para el gran número de los que se dicen anarquistas hoy; lo que importa es mantenerse firmes, dar pruebas de resistencia en la guerrilla contra Fulano o Zutano o contra este o aquel periódico, contra esta o aquella institución. ¿A dónde iremos a

parar así? Un movimiento que ha tenido sus más brillantes penachos de gloria en su ideología se disgrega y se vuelve impotente cuando en lugar de esa ideología no reconoce más bases de conexión y de solidaridad que la chismografía. Y no sería nada extraño que las ideas que abandonamos nosotros resurjan en otros ambientes con otro nombre y otro ropaje, pero tal vez sin la consistencia que podía prestarles un cuerpo de doctrina tan probado como el nuestro; y sobre todo sin el apoyo que podrían ofrecerle las fuerzas no insignificantes del anarquismo actual si tuviesen una mayor comprensión.

No es la primera vez que lo decimos; y en especial no es la primera vez que lo pensamos: El movimiento anarquista tal como lo conocemos hoy internacionalmente es el mayor enemigo de la anarquía. Como ambiente de compañerismo hace tiempo que no tiene realmente atractivos dignos de mención; como movimiento de ideas no sólo ha reducido sus horizontes, sino que ha perdido el interés intelectual que lo mantenía despierto y a la vanguardia de toda corriente superadora. Hay excepciones, pero esas excepciones nos comprueban mejor que ninguna otra cosa, por el aislamiento en que viven y la incompreensión de que se les rodea, que no son exponentes de una inquietud colectiva, sino profetas aislados de una cultura superior, tan aislados como cuando no existía el movimiento anarquista. Si pudiéramos decir en todos los hechos en que fundamentamos esta amarga afirmación, escribiríamos páginas muy tristes. Sin embargo hay tal abundancia de datos, de constataciones al alcance de cada uno, que no creemos que parezca exagerado cuanto sostenemos.

Cuando se tiene una convicción y no se expresa por temor a ofender rutinas y convencionalismos, se convierte uno en cómplice del mal. De ahí que nosotros no vacilemos en pregonar esta verdad que difícilmente podrá ser rebatida con la demostración de una realidad contraria a la que nosotros percibimos: que el movimiento anarquista se ha vuelto el peor enemigo de la anarquía, porque en lugar de predicar con el ejemplo, ofrece un espectáculo que deseáramos que fuera menos conocido por el público que nos rodea, y en lugar de decir su palabra sobre los problemas nuevos de todos los días, cree salir a flote ignorando esos problemas o cerrando los ojos ante ellos. ¡Política de avestruces!

El mundo sigue la trayectoria que le imprimen los más fuertes o los más hábiles para aprovechar las oportunidades; el anarquismo,

que debería representar una barrera de oposición, no quiere capacitarse para ponerse a la altura de las circunstancias, para presentar batalla a la reacción autoritaria en todos los frentes y se conforma con una rutina que no lleva a ninguna parte; decimos mal, si fuese sólo la rutina el defecto, aun habría perspectivas de fácil superación; el mal, el defecto, está en la mentalidad predominante que dirige la lucha de compañero a compañero como fundamental, siendo la lucha contra el capitalismo y el Estado solamente accesoria, de carácter secundario y accidental.

### EL OBRERO INMIGRADO. —

En el décimo congreso de la F. O. R. A., agosto de 1928, se ha presentado una proposición que no mereció los honores de la discusión; se refería a la instalación de Bolsas de Trabajo, a semejanza de la de los obreros panaderos, como un medio para contrarrestar los efectos de la inmigración de mano de obra desorganizada, sin ninguna defensa contra la explotación patronal, ignorante del idioma y de las costumbres. Fue la única proposición positiva llevada al congreso y su rechazo sin discusión no es, ciertamente, una solución al problema que la inmigración plantea. Estamos, pues, cómo estábamos ayer. Tenemos amplio campo para despotricar contra los obreros inmigrados, que hacen rebajar los salarios, que se dejan explotar más y mejor que los que ya conocen las condiciones y el idioma del país. Y gracias si no surge de esa hostilidad una doctrina nacionalista obrerista, como la gomperiana de la American Federation of Labor.

La situación de los obreros extranjeros recién venidos al país, sin conocer el idioma y sin ningún punto de apoyo en el proletariado organizado, es desesperada. Si representan un instrumento dócil en manos del capitalismo, no es por culpa suya; la culpa es más de los que pudiendo servirles de guía y de sostén a fin de que no vendan sus fuerzas de trabajo por un salario insignificante, nos cruzamos de brazos, les dejamos a merced de la avaricia patronal y nos contentamos con deplorar y murmurar contra los males que eso ocasiona al nivel de vida de los trabajadores.

Acerquémonos a un grupo cualquiera de esos parias. Son hombres como nosotros, pero se consideran en una situación inferior a la nuestra; no conocen el país; ignoran el idioma, no encuentran una mano amiga; son polacos, checoslovacos, lituanianos. Los ferrocarriles del Estado, los trabajos más rudos y menos pagados les son reservados. En los ferrocarriles del Es-



tado fueron contratados gran número de jornaleros recién venidos; se les paga un salario de \$ 2.50 diarios; trabajan por lo menos dos horas extras que se les abonan a 45 centavos la hora. Y de todo eso se les descuenta un peso diario por la comida. ¿Y qué comida? Un poco de agua caliente, con honores de sopa, un poco de carne, inferior en cantidad a la que se da a los presos.

Viven en chozas más apropiadas para chiqueros que para viviendas humanas; carecen de ventilación, de luz; son raros los que duermen en cama; son raros los que tienen más que unos harapos para vestirse.

Y después de todo, los parias que trabajan en esas condiciones, todavía se consideran felices, pues hay otros más desgraciados que ellos: los que ambulan en busca de un explotador que los emplee a cualquier precio, para

cualquier trabajo, sin estipular condición alguna. El que no se considere culpable de la situación de esas masas inmigradas, que levante la mano para arrojar la primera piedra!

Todos tenemos nuestra parte de culpabilidad en que esos obreros acosados por el hambre y la desesperación, se vendan al patronato, se conviertan en instrumentos dóciles en manos de los que pagan, sean rompchueltas y no reconozcan una solidaridad con el resto del proletariado de que no reciben ninguna prueba ellos mismos. Pero los más culpables son los sindicatos obreros que se desinteresan de una misión específicamente suya, que no tienden una mano amiga a los que por la fuerza de su aislamiento y de su situación de inferioridad a causa de la ignorancia del país y del idioma tienen que ser instrumentos del capitalismo para aplastar todo movimiento proletario emancipador.

LUIS FABBRI

## GUERRA Y REVOLUCION

Hemos examinado precedentemente de qué manera puede ser valorada la revolución en la relación entre sus necesidades lógicas e imprescindibles de vencer con la violencia y los principios de humanidad, de libertad y de justicia que informan al anarquismo.

Hemos visto que, aunque transitoriamente, pero fatalmente, la revolución será impulsada en muchos casos — a pesar de nuestros esfuerzos en contra en la precedente preparación, — a pasar por encima de muchas de nuestras presuposiciones y a ponerse en casos particulares en contradicción con sus mismos principios. En el momento de la batalla toda otra consideración será subordinada, automáticamente, a la necesidad impelente y exclusiva de vencer. Pero esto impone a aquellos que no quieren la revolución por la revolución, una revolución cualquiera, sino una revolución con objetivos y orientación de terminados, el preparar antes, desde ahora, con la propaganda, la agitación entre las masas, la cultura y el estudio de los diversos problemas prácticos, un ambiente lo más favorable posible a los propios fines: es decir, en el caso de los anarquistas, una mentalidad y una psicología libertarias lo más difundidas y arraigadas, una disposición y una capacidad crecientes para obrar por sí mismos, para organizarse automáticamente, sin autoridad, para proveer con medios de libertad a todas las necesidades de la lucha y de la vida nueva. Esperar a pensar e

ello hasta el día de la revolución, sería demasiado tarde.

Cuando la revolución esté en marcha, no podrá ser más que la resultante del ambiente que nosotros hayamos sabido preparar o contribuir a preparar. Sofisticar entonces podría ser enteramente ocioso y tal vez peligroso. La coherencia, la relación entre el medio que es la revolución y el fin que es la emancipación de la tiranía del capital y del Estado, en la realidad práctica se buscará no en los episodios particulares, probablemente improvisados e imprevisibles, sino en la orientación general y en el conjunto.

Al releer la historia de las revoluciones pasadas, hoy juzgamos ciertos actos bastante diversamente a cómo los juzgaban aquellos que los vieron y actuaron; y hallamos lógicos y necesarios algunos, incluso contra la opinión de muchos revolucionarios de aquel tiempo, y viceversa encontramos que los hechos posteriores han demostrado nocivos otros actos que entonces parecían buenos e incluso entusiasaban. La experiencia del pasado debe servirnos para el porvenir; pero si los revolucionarios no se preparasen antes para aprovechar tal experiencia, ocurriría muy fácilmente que la próxima revolución repetiría los mismos errores de las pasadas y será víctima de las mismas ilusiones y desviaciones.

Para lo que es preciso sobre todo estar preparados

es para el hecho que, siendo la revolución una guerra — la guerra civil, — tendrá muchas de las consecuencias funestas de todas las guerras: disminución en el hombre del apego a la vida propia y más aún a la ajena, renacimiento de los instintos bárbaros de violencia y también de ferocidad, espíritu de destrucción incluso en daño de cosas que sería de interés común conservar, despreocupación por el mañana, etc. Todo esto tendrá por consecuencia el oscurecer por un cierto período y en muchísimos de los combatientes, de suspender en cierto sentido, muchos sentimientos y valores morales altísimos que sólo en período de paz pueden desarrollarse y afirmarse.

Estos graves inconvenientes no podrán ser eliminados sucesivamente, cuando la batalla esté en pleno auge; y serían inútiles, entonces, las deprecaciones. No podrán ser disminuídos más que por la previa preparación mental y espiritual de los hombres que serán los combatientes de mañana. Por eso la propaganda que se hace antes tiene una importancia máxima para la orientación de la revolución; y es grave error descuidarla, y dejar con despreocupación que se infiltren en ella tendencias desviadoras, malas o inhumanas.

Pero no hay que exagerar. La revolución podrá presentar también, desde el punto de vista moral, inconvenientes por las razones más arriba expuestas. Pero tendrá siempre menos de los que tendría la prolongación del dominio de la injusticia y de la servidumbre; y en compensación es destinada a producir otros efectos morales con mucho superiores y más vastos.

Durante las últimas guerras que han ensangrentado el mundo hemos sentido más veces a los nacionalistas y a los imperialistas, a los especuladores del gran matadero, hacer el parangón entre los daños de la guerra y los de la revolución. Para decir a los adversarios de la guerra, especialmente a los anarquistas, que éstos no tenían ningún derecho a levantarse contra la guerra en nombre de aquellos principios mismos que estaban dispuestos a poner en desgracia en favor de la revolución.

Se podría responder pronto que, si es lógico de parte de los revolucionarios el embarcarse en los sacrificios materiales y morales para la propia emancipación, es igualmente lógico que se rehúsen a tales sacrificios cuando les son impuestos por los propios enemigos, por los dominadores en pro de un objetivo político adverso a ellos, en pro de fines de rapiña y de opresión en el interior y en el exterior.

Hay esta diferencia inicial entre la guerra y la revolución: que a la guerra los trabajadores son enviados por la fuerza y contra el propio interés, mientras en la revolución participa el que quiere y participa para combatir en defensa de ideas y de intereses propios. La primera es una ruptura violenta de los principios de humanidad y de justicia en los medios y en el fin, de la cual todos los sacrificios recaen propiamente sobre aquellos que no quieren la guerra, mientras que todas las ventajas están de parte de quienes la quieren y la hacen a costa de la piel ajena. La revolución, en cambio, es hecha para el triunfo de las ideas emancipadoras de libertad y de igualdad; y si también ella, en su curso, se pone

alguna vez en contradicción consigo misma por las necesidades ineluctables de la lucha, permanece coherente con el fin que se propone; y participan en ella los que la quieren y los que están destinados a obtener sus ventajas.

La guerra es ordenada por la burguesía, pero hecha por la clase obrera en daño directo e indirecto propio; la revolución no es ordenada por nadie, pero es hecha por la clase obrera y por los oprimidos en general en el propio interés contra la clase burguesa dominante.

El parangón entre guerra y revolución no correría tampoco, pero podría ser un poco más admisible sólo en el caso de que también a la guerra fuese sólo el que la quiere, y el que no la quiere fuese libre de quedar en casa. ¡Oh! pero de este modo no habría ninguna guerra posible... ¡Qué contraste trágico y vil, en tiempo de guerra, entre los soldados, hijos del pueblo, que parten cabizbajos y dolientes, y la multitud clamorosa y estúpida de los satisfechos y de los borrachos, que quedan en gran parte en casa, que aplauden a los que parten para el frente a un sacrificio no querido y para ellos criminal e inútil!

La revolución es una gran suscitadora de energías individuales y colectivas, no sólo físicas y materiales, sino también y sobre todo morales.

Eso, en cambio, no se puede decir de la guerra, más que en un sentido negativo y deletéreo, por lo menos desde un punto de vista superior de libertad y de justicia. Cuando sentimos a los nacionalistas y a los imperialistas magnificar las guerras como generadoras de energías, es como si oyésemos hacer el mismo elogio del banditismo y de la delincuencia, los cuales también desarrollan, innegablemente, en sus autores una energía propia de ellos: pero es energía delictuosa e inmoral.

La guerra engendra solamente energías guerreras, destructivas, negativas, mientras anula y extingue todas las otras energías de carácter civil. E incluso respecto de las energías guerreras, la guerra las desarrolla sólo entre los dirigentes, entre los oficiales superiores y raramente entre los soldados, que, reducidos a autómatas, a carne de cañón, no se cuentan más que como los ceros al lado de la unidad, privados como están de libertad de iniciativa. Las grandes masas, sin libre iniciativa, no tienen más que energías ficticias, pasivas, subyugadas; mientras que es la libertad más amplia la que en las revoluciones suscita energías individuales efectivas, cuyo conjunto forma la energía colectiva generadora de victoria en la lucha y al mismo tiempo de progreso civil, material e intelectual.

Los inconvenientes inevitables de una revolución son contingentes y transitorios, disminuídos por la espontaneidad y por la libertad de afrontarlos, tratados y curados por su resultado altísimo de poner fin a todas las tiranías y a todas las explotaciones. Los daños de la guerra, en cambio, son inmanentes y se continúan también después, e incluso aumentan; son vultos más graves por la coacción ejercida desde arriba, gracias a la cual los combatientes (como he dicho más arriba) son reducidos a autómatas en



manos de quien dispone arbitraria y ferozmente de su vida; y las consecuencias son desastrosas, dado que refuerzan el privilegio económico y político y acrecientan en daño de las mayorías la opresión y la explotación.

El que no ve esta diferencia es ciego. La guerra no puede ser justificada más que por quien cree en el principio de autoridad, por quien quiere perpetuar la desigualdad social. No sólo ella tiene los inconvenientes, comunes incluso a la revolución, de disminuir en el momento de la lucha el amor a la vida, de resucitar los instintos bárbaros de violencia y de ferocidad, de anular muchos valores morales desarrollados por la paz, sino que (lo que no ocurre respecto de la revolución) mata en el pueblo el espíritu de iniciativa, sofoca los instintos de libertad,

suspende todo derecho de discusión y de crítica, suprime toda voluntad popular, para dejar único y supremo arbitrio sobre todo y sobre todos al Estado, única personalidad verdaderamente libre, desligada de todo embarazo de oposición y de control que en tiempo de paz se opone a sus tendencias de rapiña y de avasallamiento.

De tal modo la guerra pervierte a las masas. Por un lado las vuelve más violentas y bárbaras, y al mismo tiempo las hace más irracionales, más sumisas y más esclavas. Las educa en la moral de los esclavos, que deben dejarse masacrar también a un signo de los amos. Es una educación en contra del progreso humano, completamente opuesta a la educación que necesitan las clases trabajadoras para la propia emancipación moral y civil.

RUDOLF RUCKER:

## LOS SEIS CAMINOS

### EL CUARTO CAMINO

El sol ríe, irradia el azul del cielo y resuena alegre la canción regocijante de la alondra. Las viejas encinas se embriagan familiarmente con las coronas, contándose así más de una grata leyenda.

En el valle murmura amablemente la ola del arroyo, brinca retozando levemente sobre los pulidos guijarros y tiende con indomable impulso hacia las azules lejanías. Nada puede ligarla a un mismo lugar; en continuo vuelo pasa ante ella el cuadro de la existencia y elude medrosamente todo firme ser.

Un suave hálito mueve el verde oleaje de las campiñas y hierbas y flores se bañan en el rocío matinal, que refleja milagros en millones de gotas, como el silencioso encanto de una leyenda.

Muchos centenares de mariposas se mecen en los tiernos cálizos y beben plácidamente la dulce humedad de la belleza. Casi es demasiada la abundancia que se les ofrenda; así se tambalean de embriaguez en embriaguez y alimentan el breve plazo de su vida con aroma de flores y codicias locas.

Las abejas zumban en el aire tibio, tararean, chirrían, cantan desde el árbol y el arbusto, y en el oro del sol danza alegre el enjambre de las moscas.

En las sombras se ocultan los ágiles lagartos por las viejas piedras y la hermosura de su cuerpo reluce mágicamente cuando un rayo extraviado penetra por entre las hojas y forma danzantes reflejos en la tierra.

De la aldea próxima suena el claro golpe del martillo, acompañado de la canción del viejo herrero, el cual agita ya con esmero el fuerte brazo que saca del duro acero el oculto sonido. Una ligera humareda sube al cielo, se pierde en el reino azul de los aires y desaparece como la figura de un espectro redimido del hechizo por una palabra encantada.

El mundo entero parece tan hermoso y despreo-

cupado, un cuadro de la alegría, del placer imperturbado. El sol ríe, ríe el espacio entero y cada arbusto sonríe burlescamente como si hubiera desaparecido toda pesadez terrestre que oprime siempre al espíritu para que llegue a la resurrección.

Toda la Mancha brilla en traje de fiesta y anuncia a todos la alegre nueva de que uno de sus hijos ha salido a redimir a los hombres del dolor heredado.

Muchos antes que él rozaron la lejanía y resistieron la muerte y la dura penuria para descubrir el seductor El Dorado a cuyas puertas no llamó todavía ningún hombre, en donde se realiza la época de la gran dicha, con cuyo advenimiento soñaron mil cantores.

En la lejanía, bajo el horizonte donde está el último objetivo de nuestro anhelo, hay un paraíso perdido, rodeado por el dorado rojo del sol, un valle de la vida y de la más profunda dicha, donde todo deseo es satisfecho y toda alegría madura.

Es una verde insula en mares desconocidos, que seduce de un modo raro desde el brillo azul de la distancia, y cuyo cuadro penetra como un sueño delicado en los corazones humanos preñados de dolor, un sueño que da millares de coloreadas flores y fuerza a los héroes a marchar por el camino de la lucha.

Son los elegidos los que seduce la lejanía, Gralshueter del ideal y caballeros sin miedo que van atraídos por su ruta hacia el reino de las estrellas, hacia el país del milagro.

Sin embargo, ninguno volvió al viejo hogar. Ambulan hasta que se les cierran los ojos, hasta que es gastada la última energía de su vida, y mueren sin que nadie les hore en tierra extraña, lejos igualmente del hogar y del milagro.

En ardiente arena del desierto blanquea su esqueleto, en oscuros bosques se pudren sus cuerpos, en profundos desfiladeros los devora la muerte, que sigue sus andanzas como una sombra.

Pero otros siguen la malograda huella y hacen frente al eterno destino, pues en sus oídos penetran levemente hondos sonidos y sus ojos divisan un lejano país del misterio. Eso les seduce y les hace señas, acarician sus sentidos irresistiblemente como el canto de las sirenas, hasta que no pueden sostenerse más en seguro puerto y avanzan hacia mundos desconocidos que les hacen señas desde la azulada lejanía.

Por fin había surgido un nuevo héroe al mundo que no pudo permanecer más en su aldea y se puso en marcha, un protector de los oprimidos, un apoyo de la virtud y de la justicia como no había visto el mundo otro más noble. Quiere proteger la inocencia con fuerte mano y combatir la petulancia y la tiranía para que el mundo pueda alegrarse de su vida.

Por eso brilla hoy la Mancha en traje de fiesta y ríe encantadora, como una hermosa novia que se prepara para el alegre himeneo y ve colgar del cielo infinidad de violines.

Por la verde colina serpentea el camino hacia el valle y lleva a lo largo del arroyo al campo de Montiel, donde la mirada vaga libre en el horizonte, sin más obstáculos que la limiten.

Dos singulares figuras aparecen; cabalgan sin prisa en dirección al valle. Uno es largo y seco, el retrato del hambre, con las mejillas huecas y delgadas, como si quisiera besar a alguien en la propia boca.

Un retrato de la aflicción que despierta la compasión, pero que al mismo tiempo excita a la risa.

Una vieja coraza protege el desmirriado cuerpo, los flacos miembros son cubiertos por tablillas de hierro y en la cabeza lleva una jofaina que debe sustituir al yelmo de acero. Una larga espada cuelga del tahalí y en el lado derecho lleva una pica que equivale a una vieja lanza de caballero.

El noble caballero va en un rocín al cual sobresalen todas las costillas, un animal tan seco y escuálido como si lo hubiera engendrado el propio amo.

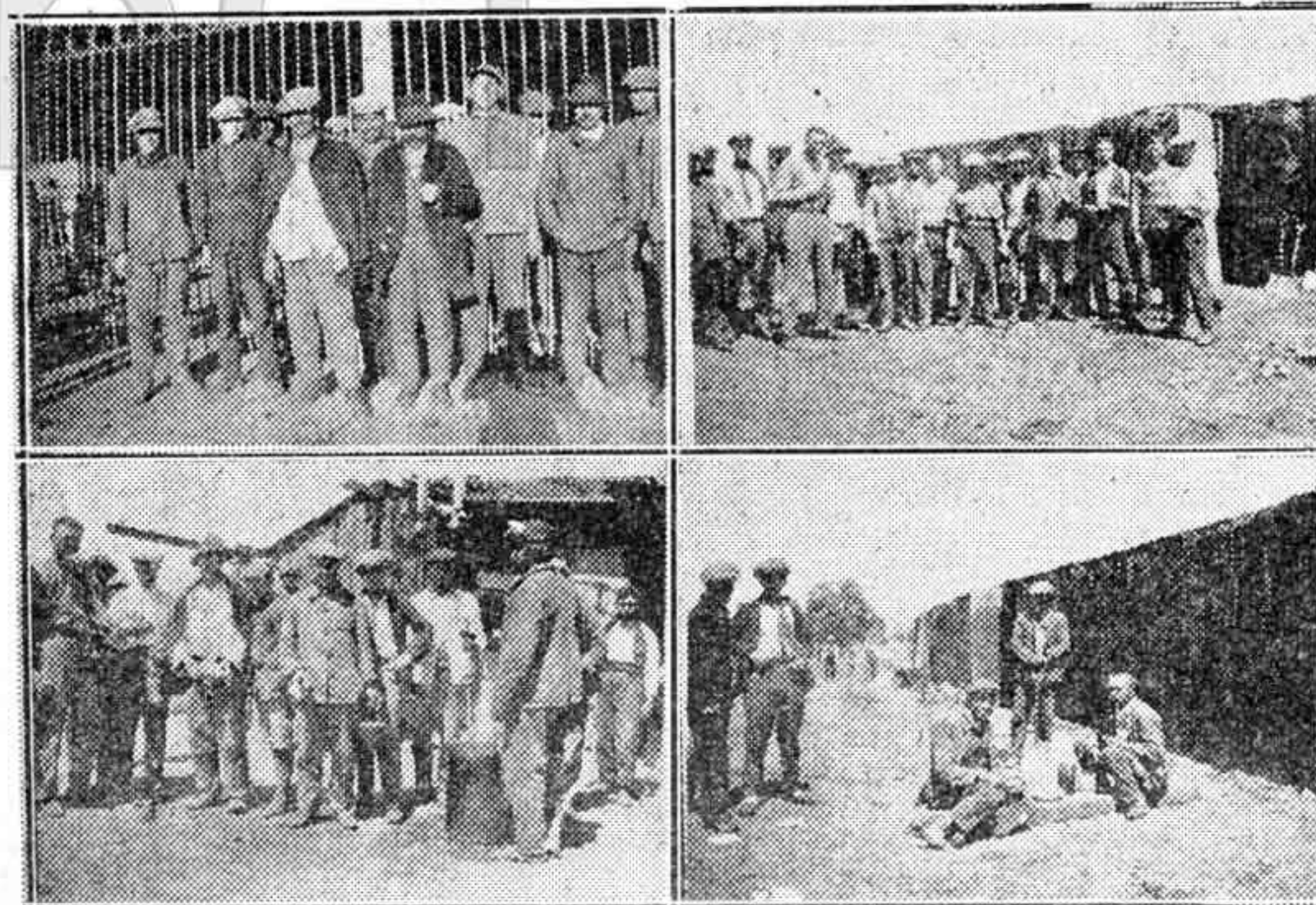
Un asno trota contento a su lado, de formas rellenas, grueso y bien nutrido, en cuya albarda se esparranca cómodamente un individuo pequeño, gordo, que roe satisfecho un hueso de gallina, que mueve sus gruesos labios castañeteando ruidosamente como si el mundo no le pudiera ofrecer nada mejor.

El caballero mira como sumido en sus sueños las blancas nubecitas que giran a lo lejos en el claro cielo. Un hondo suspiro sale de su pecho, pues en su corazón arde un gran amor que alimenta con su propia sangre a fin de que florezca eternamente y prospere lo mismo que el fuego de las vestales, que nunca se apaga.

Su corazón fiel queda con la noble dama que se ha elegido como señora y por la cual abandonó su casa para llenar el mundo con sus hechos.

Mientras tanto el gordo examina críticamente el hueso para ver si ha escapado a su boca alguna pe-

### EL OBREPO INMIGRADO



Diversas fotografías tomadas en Santa Fe, que muestran grupos de parias modernos, checoslovacos y polacos, contratados por los ferrocarriles del Estado para trabajar diez horas rudamente por sólo 2.50 pesos diarios. Sobre ellos se dice algo en otro lugar de esta revista.



queña fibra. Después lo arroja al campo, se limpia con la ancha mano los gruesos labios y eructa cómodamente como un campesino a quien su frugal comida le ha sentado bien.

Así trotan indolentemente su camino, dos hombres que no tienen nada que perder, abandonados al azar de lo que les proporciona el momento. La última colina ha sido pasada y a lo lejos brilla el campo de Montiel, bañado en aroma de flores y nimbo de sol.

El caballero detiene su rocín, protege el ojo con la mano izquierda para examinar la lejanía, que se extiende ante su mirada como un verde mar.

De repente se estira cada músculo en el delgado cuerpo y firme aprieta el puño la lanza. Un atrevido fulgor irradia en sus ojos y todos los nervios están prontos para la acción.

—Hijo mío, ¿ves los gigantes en el campo? — dice con vivacidad al gordo. Aquí se me ha deparado una aventura. Mira cómo agitan los largos brazos y me muestran amenazadores los pesados puños. Los locos se imaginan asustar mi espíritu y no sospechan cuánto anhela los hechos. — ¡Preveníos, malvados, banda de ladrones! Un solo caballero se arve a retaros, dispuesto a regar el campo con vuestra sangre.

—Poco a poco, mi noble señor, — interrumpe el gordo, me parece que no estáis en vuestros sentidos. No son gigantes los que véis allá, — son molinos de viento que mueven los brazos. ¡Si ponéis el oído, oiréis el runrun!

—¿Qué chocheas tú? — continúa el largo. El miedo ha anublado tu espíritu y refleja falsamente el mundo en tu cabeza. ¡Pero basta! He vacilado ya demasiado para satisfacer mi honor de caballero. ¡Adelante, noble corcel, a la acción valiente! ¡Oh, noble dama, reina de los corazones, mira como tu caballero se burla de todos los terrores para merecer tu alma altiva!

Enristra la lanza y oprime las afiladas espuelas al escuálido cuerpo del caballo. Este, no acostumbrado a tales perfidias, corre por el campo como poseído por un espíritu malo... ¡S-s-s-t! hace el molino. La lanza se hace pedazos, y corcel y caballero yacen en tierra, con los miembros lastimados, los delgados cuerpos molidos.

Por fin llega el gordo con el asno y llena el aire con lastimero griterío:

—¿No os lo había dicho, mi pobre señor? Ahora véis vos mismo que no eran gigantes, sino molinos que el viento ponía en movimiento. ¿Cómo no podíais advertirlo? Un ciego puede tocarlo con las manos. Solo vuestra ansia de acción os ha hecho la jugarrera.

¡Por desgracia vuestra, señor! No podéis ponerlo en duda. El cielo nos proteja en lo sucesivo contra tales hechos, de lo contrario nuestra salida podría tocar pronto a su fin.

—Hijo mío, gime el caballero en medio de sus dolores, tu ves las cosas como tienes que verlas, ya que Dios te ha rehusado la mirada profunda. No a todos les dió el cielo el don de ver las cosas tal como son. Conténtate, pues, con el destino que te ha tocado, pues la fuente de la vida manará para tí fácilmente. El que no es cargado con tales dones divinos no siente tampoco el deber que pesa sobre nosotros, el hondo dolor y el infortunio de la existencia.

Tu espíritu sencillo no conoce más que la exigencia de la hora y si la pequeña preocupación ha sido satisfecha, el mundo entero se convierte en paraíso para tí. Del estómago y de los intestinos nace en

tí la idea. El hambre es el guía de tu acción. Por eso no te seduce el ligero parpadeo de las estrellas, el hondo encanto de los sentimientos poéticos que ven el mundo y el hombre con otros ojos.

—Esa es la verdad, querido amo. Cuando el estómago refunfuña, se me va el humor. La poesía más hermosa no puede nada entonces, y un pedazo de tocino pesa más que el fulgor de las estrellas que os encanta y os entusiasma tanto. En verdad yo no soy más que un simple hijo de campesino, pero sin embargo, mi barriguita tiene singulares apetitos y se compara con la de cualquier hidalgo.

Así un pollito asado tiene un sabor famoso y tampoco un gansito es de despreciar. Si además la bota está bien llena, entonces siento hondamente todo el encanto de la vida.

No hay un placer mayor que el que se experimenta cuando se llena la panza, cuando se redondea poco a poco la barriga. Ese es sentimiento verdaderamente cristiano, pues creedme, nunca me siento tan inclinado a perdonarlo todo al prójimo, a rodear de amor a todo el mundo, como cuando la hartura me obliga a eructar y puedo extender las piernas cómodamente.

Pero si no hay otra cosa, me contento también con pan y sal. Y con ello una cebollita que proporciona aire; la vida es entonces soportable todavía.

Así ocurre al fin y al cabo a todos los hombres. Hasta mi rocín puede enseñároslo. Creedme, el animal no es tan tonto como se le considera. Mi burro es razonable como una persona y sabe exactamente dónde le aprieta el cuero. Si se intenta colgarle alto el pesébre, se vuelve bellaco como un ser humano. Se ve y asombra uno y apenas se puede comprender cómo un animal siente y piensa tan humanamente. Se espanta y encabrita y cocea con sus cuatro patas y se vuelve malvado como sólo una persona puede hacerlo.

Y cuando al fin ha ido tan lejos que yo creo reventar de rabia, y consumo la salvación de mi alma en maldiciones, la maldad ríe sarcásticamente por ambos ojos. — Se alegra como un ladrón que ha logrado un buen golpe, — lo mismo que una persona, repito.

Pero lo ponéis ante un pesebre repleto, le dejáis tragar a dos carrillos, entonces su falso corazón se entenece como cera. El más puro amor al prójimo irradia de su mirada. Ni un ángel es tan inocente como él. Os digo, señor, que es una persona, toda una persona.

—Que te parta un rayo — le impreca el caballero. ¿Qué charlas sin sentido ni objeto? Si tu lengua agíl se pone en movimiento, el caballero más veloz no la alcanza jamás. Yo hablaba de una cosa, tu metes tu asno. ¿Qué tiene que ver tu burro con los bribones que tuve bien claramente delante de mis ojos?

—La pregunta os la hago yo, mi amo. Vos veíais gigantes donde no había más que molinos. Luego me venís con vuestro fulgor de estrellas, que ningún hijo de Cristo sano comprende. ¿Qué tiene de común el fulgor con los molinos?

—Veo claramente, hijo mío, que no me entiendes y eres siempre de la falsa opinión que aquellos molinos no son gigantes.

—Y vos, señor caballero, ¿no creéis todavía que los molinos son molinos y no gigantes? Ciertamente la caída os ha oscurecido el cerebro, de lo contrario no podríais hablar tales palabras.

—Digo aún que no me entiendes. Escucha, pues, hasta que las cosas se te aclaren. Los molinos que ves en este campo y...

—Vos mismo confesáis que son molinos, — interrumpe apresuradamente el gordo.

—Calla y oye lo que digo. ¿No puedes dominar la lengua aunque no sea más que por un momento? —No me interrumpas otra vez. Los molinos que ves en el campo, son verdaderamente molinos, sin duda. Pero te juro por la sagrada sangre de Cristo que han sido realmente gigantes que se han transformado ahora en molinos.

En cuanto los ví en el campo, agitaron el tosco cuerpo y me amenazaron con furiosos modales para conmover la fuerza de mi voluntad. Claramente ví cerrar los puños, y desde lejos repercutía su griterío que sonaba como el bramido de las bestias salvajes.

—Mi noble señor: pensad bien lo que decís. — dijo el gordo que no pudo contenerse más. Ví los molinos al mismo tiempo que vos y juro que no eran gigantes. Mi oído no advirtió tampoco ningún griterío, sólo oí de lejos un ligero aleteo.

—Esto es sin embargo, lo que quería decirte, le replica de nuevo el caballero. Que tú sólo viste molinos y no gigantes, eso me parece claro como el día y justificado, pues un duende te ha enturbiado los ojos. Pero yo ví claramente que eran gigantes, ningún malandrín pudo cegarme los ojos.

Y cuando yo, ardiendo en el placer de la lucha, hiqué las espuelas en el vientre del noble corcel para probar la fuerza de mi brazo en aquellos bribones que veía delante de mí, un nigromante a quien odio transformó de repente los gigantes en molinos para privarme de la gloria del triunfo. ¿Comprendes ahora, hijo mío, lo que ocurrió?

—Comprender es lo que no puedo, pero, sin embargo, debo creerlo. Espero que no cruce siempre nuestro camino un comandante como ese, de lo contrario no podrá disfrutar nunca de la vida. ¡El diablo se lleve tal malabarismo que no puede comprender ningún cerebro sano!

Con lamentos y dolores sube el caballero a su corcel, teniendo el gordo por los estribos y ayudando al maltrecho a sentarse en la silla. Y siguen poco a poco su camino. El caballero espía como siempre en la lejanía, mientras el gordo examina solo con cuidado las proximidades para ver si no puede atrapar algo por el camino que pueda saborear después.

Así pasan lentamente las horas del día y cuando el sol alumbra ya de soslayo y enrojece con su fulgor las nubes lejanas, advierte el gordo una venta en camino que le parece muy bien situada para pasar la noche.

Un pastor de cerdos sopla con fuerza en el cuerno para atraer su rebaño, que goza de la vida en un pantano, al establo. El oído del caballero percibe el sonido del cuerno, que le perturba en sus sueños. Dirige la vista al edificio carcomido que se pinta de repente en su cabeza como un palacio.

—Hijo mío, ¿oíste el sonido del cuerno? — pregunta al gordo servidor que va a su lado. — Los ojos del vigía nos han descubierto ya. Me parece que se ha bajado ya el puente, que podemos entrar libremente en el castillo. En ese palacio se nos recibirá con gusto, según el legítimo uso de caballeros y las viejas costumbres.

El gordo se asombra, vuelve los ojos a su alrededor, pero no puede descubrir ni castillo ni puente de los que hablaba su amo tan seguramente como si estuviera todo justamente ante sus ojos.

—¿Os referís a aquella venta? — pregunta intriguado. — Con la mejor voluntad no puedo ver otra cosa aunque me saco los ojos de las órbitas.

—Ese es un castillo, cualquiera puede verlo. Allí se nos acerca el castellano para recibirnos dignamente en él, como corresponde a gente de nuestro rango.

—Si ese es un castillo, debo decir en verdad que apenas se puede diferenciar de una venta — opina el gordo y se pellizca la oreja izquierda. Y aquél que viene allí me parece un pastor de cerdos. Por cierto no tiene la apariencia de un capellán. Si no está tras todo eso el comandante que nos ha hecho la jugarrera de los molinos.

El gordo baja discretamente del burro y ayuda a apearse al escuálido caballero. Luego entran ambos en la posada y se acomodan junto a la mesa redonda.

El gordo pide pronto algo para fortalecer el estómago y aguza pronto los dientes en una costilla de cordero, mientras su amo se deleita con un queso.

La noche la pasan en una tenada que le parece a nuestro caballero como un aposento fastuoso. Cómodamente extiende el gordo sus miembros; y ronca tan sólidamente que todas las paredes tiemblan. Pero el caballero yace en blando heno y piensa en la dama lejana surgida de su propia fantasía, hasta que el sueño le cierra también los ojos.

Al día siguiente se encuentran ambos en camino. El caballero busca nuevas aventuras que aumenten la fama de sus hechos y anuncien al mundo perezhoso su heroísmo.

Así avanzan los dos por el ancho campo hacia donde el azar dirige sus pasos y donde aguardan a nuestro caballero grandes hechos.

A más de un combate tiene que hacer frente nuestro caballero; su maltrecho cuerpo, en el que no hay una parte sana, nos lo testimonia. Pero su ímpetu permanece incommovible. Su mano descansa siempre en la empuñadura de la espada. No vacila nunca cuando suena la hora.

Es verdad que de los hechos le toca la peor parte y saca dolores, molestias y fatigas. Pero queda indomable su fuerza de voluntad, nunca rompe la pusilanimidad su recio sentido, que está ansioso en pos de nuevos hechos.

Todas las cosas se le presentan en su propia luz; se crea un mundo de acuerdo a la propia imagen, tan lejano del mundo por el que peregrina, que incurre en continua contradicción con él, pero nunca amaina ante él las velas de su voluntad.

Es un creador, que lleva en su pecho el gran milagro que forma de los sueños, realidades; oasis del yermo desierto.

Los hombres le siguen con ruda burla y creen que no tiene todos los sentidos en orden. Su rara manera de obrar los deleita algunas veces y da a la propia acción más consistencia cuando se la mida con la fantasía de aquél loco.

Pero la mayoría de las veces se atraviesa en su camino. Molesta a los otros el que intente siempre sacar las cosas del viejo carril, consagrado por la tradición y que entraña la herencia de los antepasados.

El que choca con las viejas costumbres y el viejo derecho, el que no va con los otros por el mismo sendero abierto por los padres y trillado por ellos, no se ajusta al mundo de la mera realidad, donde siempre las viejas ruedas se engranan para regular el hábito de la vieja ruta.

En este mundo no hay más milagros. Este es el reino de los pensamientos sobrios que han olvidado hace mucho todo profundo asombro y ven el mundo



o las cosas en traje de labor. Aunque la vestimenta esté manchada y rasgada y su color haya sido consumido por la luz del sol, no perturba nunca el ritmo de la acción habitual ni suscita en el espíritu problemas todavía desconocidos y enigmáticos.

Es verdad que un poco de poesía no hay que despreciarla, siempre que no trascienda de las fronteras en donde la fantasía y la realidad se separan, para que el sueño no se haga pasar por la vida ni perturbe la sobria consideración.

Cuando se cumple el pesado deber del día y por la noche se entrega uno al bien merecido descanso, la poesía obra entonces como una bendición y ayuda poco a poco la digestión. Se lee sobre sueños de estrellas, sobre noches encantadas, sobre hadas graciosas, sobre enanos y monstruos, se oye chisporrotear los chorizos en el hogar de manera que se unen sueño y realidad. El equilibrio del alma no se quebranta nunca y la salud no experimenta ningún inconveniente.

Pero el que no puede encontrar más las fronteras donde la tierra del ensueño se separa de la vida, es un loco que sigue persiguiendo los milagros azules y marcha por caminos extraños a la razón.

Espíritus exaltados son los que avanzan por el sendero de las maravillas, almas equivocadas que desprecian las costumbres paternales y arrojan sus antorchas en el sagrario erigido por la aplicación de abejas de los filisteos.

Son rebeldes contra las viejas costumbres que rompen el lazo sagrado del hábito, tan estrechamente anudado por la tradición y la repetición piadosa. Se burlan de toda norma, quebrantan impiamente las viejas tablas de la ley y toda barrera que cohesionaba el mundo, para que el espíritu no se pierda en lo infinito.

Un sueño es para ellos sentido y objeto de la existencia. Forman el mundo según sus propios deseos y sucumben bajo la locura que los consume.

El noble caballero es de esa estirpe. Como los dioses vive en el reino de los sueños que engendra sólo su fantasía. Ese reino se convierte para él en acontecimiento interior. No siente que el mundo en que vive está en continua lucha con su mundo, no ve el abismo que le separa del espacio y del tiempo.

Ninguna discordia interna le turba en su hechizo, por eso está dispuesto en todo momento a la acción pronta. Nunca el pensamiento paraliza su brazo, cuando saca la espada para el golpe atrevido. La vacilación del propio corazón le es extraña, todo su ser es de una pieza, por eso no le alcanza el mudo tormento de la duda.

Obra porque la acción se lo manda, se siente como protector de la justicia para llenar en la vida un objeto para el cual le destina el hado. Con fogosidad cree en el rol que se le ha deparado y se considera un renovador del derecho.

Pero el mundo no comprende su sueño, no quiere sacrificar lo dado a la fantasía, que aunque brilla multicolor, no sustituye nunca a la realidad. Por eso nadie le agradece su ansia de acción, hasta los "redimidos" se vuelven sus enemigos, porque los quiere forzar a un nuevo hechizo, que sólo alumbra por el brillo estelar del ideal.

Una vez cabalgaban amo y criado por su camino cuando en la lejanía divisaron un grupo que se les acercaba pausadamente. Eran doce hombres que arrastraban pesadas cadenas en los pies y en las manos. Van todos en fila y llevan una cadena al

cuello que une sus cabezas como perlas gigantes de un rosario.

Siguen esa fila cuatro guardianes, dos a pie y dos a caballo. Hacen marchar delante a los prisioneros y avanzan cansinamente hacia el fin de su viaje.

—¿Ves aquellos hombres que se nos acercan? — pregunta serio el caballero a su rechoncho criado. — Me parece que se me depara aquí una aventura para probar la fuerza de mi brazo.

—Tened cuidado — interrumpe el gordo. — Domad un poco vuestra impaciencia, que nos ha llevado ya a más de una situación difícil. Si no yerro, son condenados que son llevados a las galeras por orden del rey, para expiar allí sus pecados.

—Lo comprendo, pero se obliga a esas gentes a ir a un lugar hacia donde no les agrada. Por eso he llegado en momento oportuno, a fin de salvar a los esclavizados del yugo. ¿No es mi deber intervenir aquí para libertar a los hombres de extraña violencia, que son demasiado débiles para resistir el mal?

—Pensad que son esclavos del rey — replica el otro en tono de advertencia. — Son criminales a quienes queréis proteger, gentes que, sorprendidos por la Santa Hermandad, deben hallar ahora el precio de sus hazañas, como lo mandan la ley y el buen derecho.

—¿Quién ha dado a los reyes el derecho a unirse a los hombres allí al yugo de esclavos? El rey debería proteger a sus súbditos en lugar de someterlos a la violencia y entregarlos a la arbitrariedad brutal. Guarda tu consejo, hijo mío, yo sé lo que conviene, lo que corresponde al noble deber de la caballería.

El extraño grupo, que sigue pesadamente su camino, los alcanzó por fin. El caballero les cruza al camino y pregunta a un primer corchete cortésmente quién es y qué fines persigue con las gentes que lleva encadenadas.

El corchete mira asombrado al hombre, que le parece tan extraño y singular. Luego dice con buen humor.

—Excelencia, si no os molesta el pequeño esfuerzo, preguntad a los pícaros mismos por sus hechos. Ellos no os ocultarán la verdad y satisfarán con gusto vuestra curiosidad.

El caballero pregunta al primero en la cadena, por qué debía ir a galeras.

—El amor me puso en desgracia, noble señor — dice éste guiñando los ojos arteramente. — Estaba enamorado, por eso estoy encadenado.

—¿Desde cuándo se envía a galeras a los enamorados? — le pregunta el caballero con asombro. — Nunca ví semejante cosa en mi vida.

—Según y cómo, señor — le replica el pícaro, — no era a una mujer a quien habría ofrendado mi corazón. Se me atrapó cuando abrazaba un paquete de ropa que llevaba ardientemente mi amor en el corazón.

—¿Y vos? — pregunta el caballero a su vecino. — ¿Por qué hechos lleváis esa cadena?

—Es un cantor — interrumpe rápido un tercero. — Es decir, va con nosotros por cantar tan maravillosamente cuando hubiera sido mejor el silencio.

—¿Queréis decir — dice el caballero asombrado — que se encadenó a ese hombre porque cantó sobre el amor y los grandes hechos?

—Exactamente, señor; cantó sobre grandes hechos cuando el verdugo le apretó los torniquetes. Cantó todas las notas que había aprendido. Por eso se le lleva a galeras.

Así interroga el caballero a cada uno del grupo y escucha de cada cual nuevos embustes, de los cuales no comprende el sentido más que a medias. Cuando el último le hubo mostrado el corazón, empuña la lanza y habla en alta voz a los esclavos:

—Según lo que puedo deducir de vuestras palabras, nadie va con gusto al lugar adonde se le destina. El hado os ha hecho una mala jugada. No habéis encontrado ni amor ni compasión. Ningún juez os ha garantizado aquel derecho que corresponde también al caído. Por consiguiente, yo mismo debo proporcionaros el derecho, como me lo impone mi deber de caballero.

Luego se dirige al primer corchete, a quien indica con noble deferencia:

—Habéis oído, buen hombre, lo que he dicho. Quitad las cadenas a los martirizados para que puedan ir libres por su camino. Sólo Dios en el cielo es el juez de nuestros actos, no vosotros, que no podéis leer en los corazones humanos. A vosotros mismos no os han hecho nada estas víctimas, y no está bien el honor de un hombre que hace de verdugo de sus semejantes.

Pero si hubiera alguien tan obstinado que se resistiera a mi voluntad, mi buena espada me procurará el derecho y prestará ayuda al inocente perseguido.

—Mi buen señor, no estáis en vuestro juicio — dice el corchete con mirada severa. — Andad con Dios y no os mezcléis en cosas que no puede comprender vuestro pobre cerebro.

—¡Sois un hijo de puta y un malandrín! — grita el valiente caballero ardiendo de rabia, y se arroja lanza en ristre sobre él. El corchete, que no preveía tal cosa, cae en tierra del caballo, gravemente herido. Los otros tres acuden en su ayuda y nuestro caballero les recibe con la espada en el puño.

Pero los reos no son perezosos y aprovechan rápido el momento favorable. Rompen sus cadenas con las piedras y el uno ayuda al otro a quedar libre. Pronto vuelan las piedras como granizo junto a las orejas de los guardianes, hasta que en rápida fuga abandonan el campo de batalla.

El caballero reúne al grupo y les dice, desde su Rocinante, alta y claramente:

—Nobles caballeros, me alegro con vosotros de haber roto vuestras cadenas con la ayuda de Dios, para que volváis a ser hombres entre los hombres. Pero el agradecimiento es el deber de los corazones nobles. Tomad esas cadenas que ha roto mi brazo, llevadlas sobre vuestras espaldas al Toboso, donde habita la dueña de mi corazón, la dama más hermosa que ha visto el mundo. Llevadle, os lo ruego, el saludo de su caballero; contadle cómo os he libertado del yugo. Luego, que cada cual siga su camino.

—Señor caballero — dice uno de los pájaros de cuenta, — os agradecemos por lo que habéis hecho. Pero lo que exigís es irracional si queremos escapar a la Santa Hermandad. ¡Mantenéos bien! ¡Dios premie vuestra acción! Pero no me detengáis más tiempo, que el lugar no me parece adecuado.

—¡Sois un pillo desagradecido y bellaco! — le grita furioso el caballero. — Un hombre que no lleva en el corazón un ideal no es digno de la libertad que posee. ¡Os conjuro, sin embargo, por la sagrada sangre de Dios, a que toméis la cadena sobre la espalda, infame hueso de Satanás, malvado, y vayáis a donde os he enviado!

El pícaro hace una seña a los demás. Estos retroceden y forman un círculo con el libertador en

el centro. Luego comienzan a arrojarle piedras como habían hecho antes contra los corchetes.

El caballero se defiende del bombardeo con el escudo, pero no puede protegerse todo el cuerpo y, alcanzado por una piedra, cae el rocín al suelo. Entonces, uno le quita rápidamente la banda que llevaba; otro quita al gordo la capa. Luego se les abandona con burlas y befas.

Allí están los cuatro, amo, criado, caballo y asno, y apenas pueden mover los maltrechos miembros, hasta que el gordo recupera el uso del habla:

—Ahí lo tenéis; es el fin de la canción. Y todo esto nos hubiera sido ahorrado, si hubiésteis hecho caso de mi palabra. Pero vuestra ansia de acción lo pone todo cabeza abajo y nos saca siempre de las brasas para entrar en las llamas. Casi me parece que os ha abandonado todo buen espíritu, pues la razón vive siempre con vos en guerra.

Ahí tenéis encima del daño, la burla. Los mismos hombres cuyas cadenas rompisteis, levantaron sus manos contra el libertador. ¡Oh, señor, bien mal conocéis el corazón humano! Lo veis siempre en el fulgor de vuestro sueño y no paráis mientes nunca en la simple realidad, que es más fuerte que vuestro reino de espectros.

—Hijo mío, no quiero decir que seas injusto; no es culpa tuya que las cosas se reflejen en tu cabeza de otro modo a como son.

Es bien doloroso que la misma mano que he libertado se haya levantado contra mí. Pero eso parece ser el lote que me ha deparado el destino.

Sin embargo, aun en el corazón de los más reprobados vive una chispa de aquel otro mundo que arde oculto en las más profundas tinieblas, hasta que la hace arder en llamas vivas el hálito de la libertad.

Devolví su libertad a los pícaros y los envié a aquel lejano lugar en donde vive la dueña de mi corazón, la que incita mi espíritu a los hechos osados. Pero los libertados de las cadenas no supieron lo que conviene a su alma. No obstante, un día sonará su hora.

—Hasta entonces, hay un buen trecho — sostiene el gordo, — y si quisierais esperar hasta que el agua arda, entonces en verdad el tiempo que os ha destinado Dios debe haber sido medido un poco corto.

Por lo que se refiere a la señora de Toboso, a quien veneráis como si fuese la verdadera madre de Dios, no sé realmente lo que me pasa. La conozco bien a la hija del Corchuelo. Toboso no está lejos de nuestra aldea.

Como quiera es una persona firme y sólida y te levanta un saco de harina de la tierra; el campesino más fuerte no puede hacerlo mejor. ¡Un hocico, que Dios me libre! Sí, ella tiene realmente pelillos en los dientes y saca de aprieto al mejor caballero, como si fuese hecho de almendras. Tiene una vozcita — ¡oh, hi de puta! — Y si os murmura algo al oído, puede haceros saltar el tímpano.

En verdad, una persona hecha y derecha. Pero el que la hayáis elegido para princesa, para elegida de vuestro corazón de caballero, eso, en verdad, no puedo comprenderlo.

—Porque un encantador te ha cerrado los ojos — le interrumpe el caballero. — Tú ves las cosas siempre bajo otra luz. A ti te pasa justamente como a los esclavos a quienes redimí del peso de su yugo. Pero cuando al fin caiga el encantador, reconocerás de una vez que aquella hermosa que tiene prisionero mi corazón, merece llevar la corona de un mundo.



—Oigo lo que me decís, pero cada vez es más difícil comprenderos. Además, es ocioso cavilar sobre cosas que no se pueden cimentar. Sólo una cosa quisiera saber de vos. ¿Cómo es que no os ha decepcionado hasta aquí ninguna desdicha?

Lo que hemos experimentado hasta aquí no es seguramente un simple sueño. Es verdad que habláis siempre de un duende que me muestra las cosas bajo otro aspecto. Pero ese duende me parece demasiado real. Si todos los golpes, bofetones, miembros lesionados que he recibido hasta aquí en vuestro servicio no fuesen más que un encantamiento, debo confesaros abiertamente que el duende se me ha hecho demasiado palpable. Esa brujería me parece demasiado fuerte. No se le puede separar de la realidad.

—Así es, hijo mío — dice gravemente nuestro caballero; — es difícil separar la realidad del sueño. Pues toda realidad era antes sueño y todo sueño aspira a convertirse en realidad. La fe en la fuerza creadora crea realidades, y la realidad que no suscita sueños, es vida que se extingue, que se reseca en arena, una semilla que ha perdido la fecundidad.

Preguntas ¿por qué no estoy nunca decepcionado en la vida y siempre me encuentro dispuesto a nuevos hechos? Porque en lo profundo de mi alma hierven ríos de fuego, mis ojos ven ante sí lejanos mundos; tierra prometida rodeada de oleaje bravo de tormenta, que no ha pisado todavía ningún mortal.

Como profundos sonidos penetran en mi oído, y mi alma saborea celeste placer. — Mira, aquél lejano mundo me excita a la acción, da a mi corazón firmeza y fuerza para resistir a las pequeñas desdichas.

Si el creador no hubiese creado mi estirpe, los caballeros, animados por ansia interior, que persiguen por lejanos caminos, lejanos objetivos, esta vida estaría hace tiempo enmohecida y toda realidad habría caído en polvo. Ningún acre daría más frutos, toda la tierra sería un desierto, la última esperanza se habría secado hace mucho.

Somos nosotros los que llevamos nueva siembra a los corazones. La débil brasa que está medio consumida ya, es convertida en llamas por nosotros.

Si se entierra alguna vez el último retoño surgido de nuestra noble estirpe, entonces llega el fin de todos los tiempos; el mundo se parecerá a un erial, y toda vida sucumbirá en germen.

La mañana siguiente los encuentra en las montañas, donde nuestro caballero persigue extrañas huellas, mientras el gordo descubre un abrigo que oculta ducados de oro.

Así cabalgan todo el día, hasta que cae poco a poco la noche y en el poniente irradian rojas las cimas. Con pasos leves viene la noche; brillan muchos millares de estrellas y todo el mundo parece como una leyenda.

El caballero se sienta confiado sobre una roca y persigue los rayos que atraviesan el espacio. Pero también el gordo yace desierto sobre su manta y cavila sobre los hechos de su amo.

—Mi amo es un raro extravagante, hay que decirlo. Cuanto más tiempo estoy a su servicio, más me cuesta comprenderlo. Algunas veces habla sabiamente, como un libro, de manera que cada palabra podría jurarse. Luego es tonto como una vaca e imagina hechos que avergonzarían a un niño.

Algunas veces me suena su palabra tan segura

como el amén en la iglesia. Entonces veo el mundo y las cosas casi como él. Otras veces todo lo que habla me parece una invención de la boca de Satanás.

Ojalá no esté en la luna, como muchas otras cosas, la insula que me ha prometido. A menudo me pregunto yo mismo por qué le he seguido tanto tiempo. Me ha arrancado a mí viejo mundo, aunque su locura es para mí clara como el sol.

Sin embargo, siento que ningún otro me proporciona la insula; yo solo no sería capaz de ello nunca. En realidad, él cubre primero mi mesa en la que después deleitaré mi paladar. Yo vivo sólo por que él me da vida, y sin él difícilmente podría existir aquí.

Que es un loco, lo palpo con la mano, pero su locura sostiene y no deja seguramente vacía mi pan-cita. — Por eso Dios bendiga la locura que nos depara a mi caballero de la triste figura.

Así atraviesan países, tropiezan con aventuras sin fin hasta que lentamente se acerca la gran noche. Ante sus miradas se extiende el desierto.

—¿Queréis ahora realmente avanzar por el desierto? — dice entonces el gordo con el corazón oprimido. ¡Oh, vuestra locura no tiene fin! Hasta aquí os he acompañado día y noche y os he seguido como vuestra propia sombra. ¡Pero es bastante! Este es el lugar en que se separan nuestros caminos.

¡Salud! Si no queréis nada mejor, soportad solo las consecuencias. — Allí hace señas la muerte que os ha enloquecido todo el tiempo y ha presentado a vuestros ojos mundos encantados, hasta que la razón huyó de vuestro cerebro.

El caballero no escucha las palabras del gordo y mira fijamente a la lejanía con ojos ardientes. Mientras tanto el pequeño vuelve su burro y se dirige lentamente a su viejo mundo.

Vive todavía, se siente ahora amo y se cree a la altura de toda sabiduría. De su semilla ha nacido la cría que sabe echar mano a la dicha en el camino y se ceba cómodamente la panza perezosa.

Pero nunca sueña con el reino de las estrellas, con las lejanías azules de inaudita magnificencia. La bolsa se convirtió para él en sede del alma, según el cual mide toda dignidad humana. Si la bolsa está vacía, cae el valor humano. Pues primero creó Dios la bolsa, luego a los hombres.

Pero el caballero avanza hacia el desierto. Apenas soporta el jamelgo todavía el extenuado cuerpo. — La hora se acerca, la carrera ha terminado.

Gris está el cielo. Bosteza el desierto.

En las oscuras arenas del desierto yace extendida una esfinge de negra piedra marmórea, con la mirada hundida en el yermo reino de la lejanía.

Ni odio ni amor irradia de esa mirada y en la fría magnificencia de los labios mudos flota levemente la más silenciosa eternidad.

El caballero mira a la esfinge en lo sojos con mirada firme.

—Una aventura, murmuran débilmente los pálidos labios.

Lo último suena levemente de la lejanía y mudo cae él en el polvo del desierto.

NEMO

## Diez años después de la gran guerra

### I.—Serbios y croatas; el asesinato de Stepan y Pavle Radic

Diez años después del fin de la guerra mundial, catorce años después de su comienzo, Europa vibra todavía en la menor de sus fibras bajo los golpes que había dado. Después de la era de las guerras a continuación de la revolución francesa, 1793-1815, siguió la era de las guerras de las grandes nacionalidades (rusa, italiana, alemana), 1854-1878, luego la era presente, combinación de guerras de rivalidades imperialistas y de expansionismo y estatismo nacionalistas, de 1911 (guerra tripolitana) a nuestros días y más allá, con la gran guerra de 1914-18 como apogeo — ¿o como preludio? porque ¿quién sabe lo que nos reserva el porvenir todavía?

Ya las guerras de 1854 a 1878 fueron inauguradas por la ocupación rusa de los principados, turcos entonces, que forman la Rumanía, y fueron terminadas por la guerra ruso-turca de 1877-78 y los arreglos internacionales en los Balcanes del congreso de Berlín en el verano de 1878. Las guerras desde 1911 tienen de nuevo una de sus raíces principales en el restablecimiento de Turquía por la revolución constitucional de 1908, que parecía que iba a frustrar las esperanzas rusas de convertirse en dueña de los Estrechos y de Constantinopla, esperanzas que el congreso de Berlín, al anular el tratado San Stefano de febrero de 1878, había cortado entonces, pero que fueron reavivadas por una política rusa dirigida de nuevo en ese sentido después de la derrota en el Extremo Oriente (guerra ruso-japonesa, 1904-1905); entonces tanto la situación política europea — alianza franco-rusa y entente anglo-francesa, una y otra hostiles a la Europa central, Alemania y Austria-Hungria, como la situación rusa en el interior, el advenimiento de una burguesía nacional y expansionista, el "cadetismo" tanto como las "centurias negras" por la crisis revolucionaria de 1905, y temor a una debacle administrativa y financiera y a una revolución obrera y campesina, uno y otros de esos factores hacían a la Rusia imperial a la vez dispuesta a una política balcánica militante y que no retrocedía ante las guerras directas o indirectas (como en 1912), y al mismo tiempo forzada por su implicación en el engranaje diplomático occidental y su dependencia de los empréstitos franceses, a seguir la política occidental que le atribuyó el gran rol de aplastar con sus millones de guerreros, la Europa central, para obtener después una rica cosechada, desde el Báltico a través de Alemania, Austria, Hungría hasta Constantinopla, sino más lejos todavía.

Sobre esa base comienzan las guerras localizadas, Italia, Montenegro, Serbia, Bulgaria, Grecia contra Turquía (1911-12) y algunos de esos Estados entre sí (1913), los alertas de guerras advertidos a último momento (concerniente a Bosnia, Albania, Scoutari) y la extensión de los métodos de los comitadjí, se-

guidos desde hace largo tiempo en Macedonia (turca) en la dirección del Austria-Hungria-Bosnia y Croacia sobre todo. Esta última actividad, que culminó en los atentados y asesinatos por razones nacionalistas, en fin, en 1914, después del doble asesinato de Sarajevo el 28 de junio de 1914, fué considerada por Austria-Hungria como insostenible y se dispuso a ponerle fin mediante el ultimátum a Belgrado varias semanas después. Nosotros hablamos aquí de Estados, y no de individuos dotados de bondad o de libertarios; para un Estado, frente a ese asesinato nacionalista, celebrado altamente en Belgrado de donde habían venido los asesinos, no había más que esa elección: el pedido de una reparación; si esa reparación era rehusada por Serbia, como lo fué, se producía la guerra, y si Europa no intervenía para persuadir a Serbia a dar una franca reparación, era que Europa se solidarizaba con el asesinato de austriacos por motivos nacionalistas — en ese caso, pues, Europa había condenado a Austria a dejarse aterrorizar por los asesinos —, entonces, así se razonaba en Austria, puesto que se es condenado, e impotentes ante la Europa hostil, habrá que batirse — y así no se temió la guerra y los acontecimientos tomaron su curso, por la guerra austriaco-serbia. En Alemania, igualmente, se vio así que Europa había condenado a Austria y se sabía que ese no era más que un primer acto en las hostilidades contra Alemania — entonces se prefirió también una guerra inmediata a una lenta sofocación, y la guerra Alemania-Rusia, seguida automáticamente de la guerra Alemania-Francia, fué la consecuencia directa, y fué grato a Inglaterra arrojar su potencia en la balanza por la guerra Inglaterra-Alemania; más tarde los Estados Unidos hicieron lo mismo.

Para el sentimiento austriaco y alemán esa negativa de justicia por parte de Europa por la injuria hiriente recibida mediante el acto de Sarajevo, que se derivó directamente de la política nacionalista inspirada por el gobierno serbio y la diplomacia rusa, fué lo que mostró que el habitante de raza alemana podía convertirse en el objeto de progroms nacionalistas esclavos sin que Europa se conmoviese; fué esa negativa de justicia la que inspiró a los que de esta parte se han batido en la gran guerra — con el mismo título que los que se batieron del otro lado han estado convencidos de batirse por el derecho y la justicia —. Hasta hoy esos hechos no han entrado en la conciencia de todos los pueblos.

¿Es que el acontecimiento reciente de Belgrado será mejor comprendido? Esta vez, de nuevo en junio, catorce años después, en plena sesión del parlamento serbio, incluso por un diputado, son muertos, o mueren a causa de sus heridas, tres diputados cro-



tas, los dos Radic a la cabeza, Stepan y su sobrino Pavle, los hombres más visibles del partido croata, pueblo que después de la gran guerra se ha reunido libremente al pueblo serbio que habla la misma lengua. Esta vez, pues, el asesino, intérprete, como los de 1914, de la política serbia, ha herido, no a austriacos o alemanes, sino a esos hermanos croatas que se dice libertados, que entraron con alegría y confianza en esa Yugoslavia, como también los habitantes de Dalmacia, de la Bosnia-Herzegovina y los eslovenos de la pendiente meridional de los Alpes, junto con los habitantes de lengua serbo-croata anexados de Montenegro, borrado como unidad política, y los habitantes de lengua afín al búlgaro de Macedonia, anexados por la fuerza y hasta hoy en guerrilla subterránea en lucha contra los serbios como antes contra los turcos.

Los funerales de Radic el domingo 12 de agosto, en Agram (Croacia), han sido la demostración popular más unánime, sería en torno a un objetivo concentrado y la más dignificada en los gastos de los últimos siglos, comparable por la unanimidad y la profundidad del sentimiento popular quizás sólo a aquellos raros días de 1789 (Bastilla) y 1848 (la primera alegría después de la caída del despotismo en varios países). Se hará, sin duda, una comparación con los funerales de Lenin en Moscú, en 1924; no he asistido ni a unos ni a otros, pero según todas las noticias, el contraste es mucho más considerable que la similitud: en Moscú, un partido establecido y mantenido por el terror, puso en pie masas enormes que en obediencia muda y tascando el freno, toman parte en ceremonias decretadas; en Agram, fué la unanimidad del pueblo campesino en sincero duelo profundo, asistió un gran número de obreros y se tuvo, esta vez probablemente con matices variables de sinceridad, la unanimidad de los políticos croatas. En Agram el pueblo impone el duelo a los jefes, que están lejos de ser solidarios entre sí. Fué un acto de voluntad colectiva del grupo social que compone la gran mayoría en esos países de lengua croata, comparable a la voluntad que en otro tiempo expresaron los obreros europeos en sus primeros de mayo de 1890 y 1891, cuando hubo la huelga general en Cataluña, París en el rugido de las jornadas revolucionarias (sin llegar, sin embargo, a una acción), Viena de repente en completa paralización pacífica inesperada y manifestaciones importantes en todas partes, aunque sin salida.

¿Qué quería esa masa de campesinos que acudió a Agram y que ha ido en centenares de millares? Es inútil discutir su programa agrario, necesariamente tan unilateral como el programa de los obreros, porque sólo de una cooperación completa de todos los grupos de productores, agricultores e industriales, manuales y técnicos, puede resultar un programa integral, que garantice las actividades del hombre completo que no es excluido de ningún dominio de acción, ni de la tierra ni de la fábrica, ni del libre disfrute de la acción de sus brazos, ni de la de su cerebro por el estudio, de sus necesidades estéticas por la investigación de la belleza en la naturaleza y en el arte, belleza física y belleza moral. Necesariamente esos campesinos croatas están lejos de esa integración de las aspiraciones humanas, pero expresan por su acción, que no data de ayer, muy claramente esto: que no quieren ser gobernados por la burocracia centralista que reside en Belgrado, y además, y esto es afirmado con gran énfasis ahora, que se sienten separados de Serbia, donde no se supo más que asesinar a los dos Radic, como a tantos otros,

por una diferencia en civilización, que la lengua común no contrarresta.

Ni una ni otra de esas aspiraciones sorprenderán a quien ha seguido, aunque de lejos, la vida de ese pueblo, pongamos, desde 1848, cuando los croatas fueron los más fieles instrumentos de la reacción austriaca, luchando a muerte con los magyares en revolución (Kossuth), contra la Viena revolucionaria en octubre de 1848, sitiada, bombardeada y ocupada por el ejército austriaco, socorrido por los croatas en "manto rojo" de Banus Jellacic, aquel cuyo monumento no fué quitado nunca después de 1918 y decorada todavía la plaza más monumental de Agram. Hicieron entonces lo mismo en Italia contra toda insurrección italiana y también en 1915 y hasta 1918 son ellos quienes se batieron con brillo contra los ejércitos italianos; porque para ellos, al lado del turco que cayó sobre ellos y los subyugó todo lo que pudo desde el interior de los Balcanes, el italiano, el veneciano, fué el enemigo, que destruyó sus bosques para construir sus barcos, les oprimió en el servicio sobre sus barcos, les impidió la navegación e hizo una guerra sin cuartel a sus ciudades libres, pequeñas repúblicas, del lado de la Dalmacia. Así, entre el turco y el veneciano que les sometieron, les explotaron y les cortaron las posibilidades de desarrollarse como pueblo, estuvieron contentos de ponerse por fin al abrigo en los confines austro-húngaros que les hacían inatacables por turcos e italianos y donde la Croacia era una unidad con una gran autonomía local, su Dieta, sus finanzas, su lengua pública propia. En cuanto a la Dalmacia y a los territorios habitados por los eslovenos, tenían el mismo régimen constitucional y administrativo que todo el resto de Austria, y como eran países pobres, su déficit fué allanado por los territorios (unidades administrativas antiguas) más ricos; así esas poblaciones se habituaron a un cierto nivel de eficacia en instrucción, trabajos públicos, vías de comunicación y transportes, etc., que les fué otorgado sin que tuvieran que ocuparse mucho de los gastos. Se sabía que no podían pagar, pero era de utilidad general que los distritos pobres no quedasen atrás, y lo que fué necesario se hizo siempre, y los diputados de esas regiones en el parlamento de Viena, no eran los últimos en hacer valer las necesidades locales.

Pero el nacionalismo (que yo no discuto aquí) exige que tales lazos de solidaridad práctica entre pueblos de lengua diferente sean cortados y que los pueblos de la misma lengua a través de todas las fronteras se unan en unidades estadísticas nuevas o agrandadas, a todo precio, cueste lo que cueste; con una sola condición, sin embargo, que no sean alemanes; entonces está prohibido, puesto que eso sería "pan-germanismo". Pero el croata y el serbio, el checo y el slovaco, el transilvaniano de lengua rumana y el rumano de Moldavia y Valaquia debían unirse necesariamente por autodeterminación de los pueblos, y así se hizo, como se sabe, por los actos de fin de guerra y de post-guerra de 1918-19 y ratificados por los tratados de 1919. En lo sucesivo, pues, el croata y el esloveno fué S. H. S., nominalmente yugoeslavo, y la alegría fué grande en Belgrado, donde se comprendió eso como una expansión extraordinaria del Estado serbio. Los croatas no entendían las cosas así y pensaban que habían entrado con derecho igual en una federación; Radic mismo favoreció largo tiempo la idea de una república yugoeslava; fué despedido con esa idea de los gabinetes europeos, de Londres sobre todo; trató luego con el bolchevismo, no sobre el terreno social, sino con vistas a la fede-

ración balcánica. Ha visto que en Moscú no se quería más que servirse de su popularidad para enmascarar fines bolchevistas y se retiró. Fué entonces puesto fuera de la ley, se ocultó en el fondo mismo de Agram, fué detenido al fin, amenazado con el suplicio, cuando dió esa vuelta que el pueblo croata le ha perdonado, que no salvó su vida al fin, pero que sirvió para precisar mucho la situación.

Se unió al rey de Serbia, no a su gobierno, reconociendo la monarquía para no sacrificar la unidad yugoeslava, y quiso tratar de cooperar con los serbios en todo lo que le fué posible. Llegó a ser ministro, incluso varias veces, pero un ministro único que no reconocía la solidaridad de los gabinetes y la razón de Estado, que en sus discursos hacía la crítica intrépida e independiente al gobierno de que formaba parte. Entonces fué desembarcado y continuó su obra que, cada vez más, fué basada en su percepción de que se hacía absolutamente imposible para los yugoeslavos no-serbios cooperar con los serbios — había diferencias de nivel de desarrollo muy grandes — y sin querer disolver la Yugoslavia presente, era necesario que sus partes tan diferenciadas obtuvieran la más completa autonomía administrativa, judicial, financiera, educativa y quizás militar.

Esas aspiraciones, compartidas por la unanimidad de los campesinos croatas (por los campesinos serbios en Croacia también) y muy difundidas en las otras regiones fuera de Serbia también, fueron su sentencia de muerte, se le señaló en la prensa misma para ser muerto — el que había hecho eso más desvergonzadamente, un periodista llamado Ristovic, de Belgrado, se dirigió a Agram cuando Radic estaba en el lecho de muerte; fué reconocido y un obrero del ferrocarril lo abatió a tiros de revólver; — y lo inevitable ocurrió: una creatura de los odios serbios, el diputado Punisa Radic, mató en plena sesión a Radic y a otros diputados e hirió a un cuarto. En las seis semanas o más de enfermedad mortal, Radic no apeló a la venganza y ha tenido miramientos para con el rey, a quien parece apadrinar, pero antes y después de su muerte fué cosa entendida unánimemente que en Croacia se ha terminado con Belgrado, reconociendo que se era un pueblo de nivel occidental y que el nivel sobre el cual se encuentra todavía Serbia era un obstáculo más grande de separación que la lengua común lo era de unión. Los diputados croatas no irán más a Belgrado y han declarado que lo que el parlamento de Belgrado decida no compromete en lo sucesivo a Croacia.

Es un desafío hiriente, un guante arrojado raramente, cuando se dice directamente a la clase gobernante de un país, que se encuentra en un nivel tan bajo y que es verdaderamente incorregible, de suerte que no se desea tener nada que ver con ella. Esa cuestión no quedará ahí; por el momento el gobierno de Belgrado, que esperaba revueltas que habría barrido con la metralla, para establecer luego el silencio de tumba con el estado de sitio, es tomado de improviso por la actitud tranquila de los croatas absorbidos por el duelo de Radic: ese gobierno no se ve herido más que por un inmenso desprecio, por un boicot moral completo, y emplea su solo recurso, simula no ver su terrible aislamiento.

Estoy bien lejos de ver con placer a pueblos, croatas y serbios, tan separados, pero es preciso conocer y tomar nota de estas cosas para comprender bien el nacionalismo que está todavía en primera fila de los problemas en Europa, y que con una profesión plañativa de nuestro internacionalismo eliminamos tan

poco como demolemos el capitalismo al votar una resolución contra él — es necesario más que eso, es necesario cambiar las mentalidades y destruir las realidades incluso de esos grandes obstáculos. Diré, pues, que lo que muchos siglos de historia local han impreso en las poblaciones, no puede ser borrado por un ímpetu abrupto de algunos días o meses o años también, y que hoy Croacia se da cuenta de ello y no es el único de esos territorios de la antigua Austria-Hungría que hace esa experiencia.

Hemos visto en la primavera de 1928 un movimiento análogo de los campesinos rumanos en Transilvania (país quitado a Hungría en 1918) y de los otros rumanos de Hungría anexados a Rumania. Han tenido su inmensa asamblea de campesinos y piden no tener nada que ver con Bucarest, donde reside el gobierno rumano. Lo mismo ocurre con los eslovacos de la antigua Hungría, que creían formar una parte igual en derecho a las partes tchecas de Checoslovaquia, y que se ven expuestas a la tchecización y frustradas en las esperanzas de cultivar su lengua eslovaca y su vida nacional propia. Se dice también que los polacos de Posnania no están muy contentos con la ligazón y nivelación con los polacos lejanos del Este, vecinos de los pueblos rusos. Lo que sienten las poblaciones de lengua alemana, anexadas y englobadas en todos esos países, no lo menciono aquí, porque la opinión pública internacional no se interesa por ellos; apenas toma nota de la italianización forzada de los tirolese de lengua alemana, anexados al Tirol del Sur. Se trata, pues, exclusivamente de los eslavos y de los rumanos, cuyas — fenómeno general — poblaciones vastas y más o menos unánimes se aperciben de que el nacionalismo no es un sentimiento sobre el cual se puede vivir exclusivamente, que los lazos de civilización, los diferentes grados de desarrollo, pesan tan fuertemente en la balanza.

Las poblaciones que han conocido un nivel que yo diría europeo, no ven con buenos ojos la caída en el nivel que llamaría balcánico u oriental; ese es el fondo de esta cuestión, y una gran parte de las desgracias de Europa proceden del hecho que se desconoció eso fundamentalmente hace diez años y siempre desde entonces. Ahora las crisis se preparan y al revólver del diputado Radic ha respondido el boicot moral a Serbia por el pueblo croata: ¿quién triunfará, los fusiles y la metralla o la voluntad de un pueblo?

Sería muy sencillo darse cuenta de los orígenes de esta situación por un vistazo retrospectivo en la historia. Desde la conquista turca en la edad media, sólo los yugoeslavos en el litoral adriático, los montenegrinos que defienden su independencia en las altas mesetas en aislamiento parecido al de los Highlanders en Escocia, las pequeñas repúblicas-ciudades como Ragusa, y los bordes del mar sometidos a los venecianos, escapan al balcanismo, que para los pueblos sometidos a los turcos quería decir una vida de campesinos económicamente explotados, culturalmente abandonados a sí mismos, reunidos por la religión cristiana y el odio a los turcos, impulsados muy a menudo al bandidaje (haidúkismo) semi-político (antitúrco), semi-social (contra los ricos propietarios) — y desde el siglo XVIII ya un culto de esperanzas en la Gran Rusia de los zares, protectora de la religión, de las nacionalidades eslavas y libertadora futura. La Rusia política no hizo gran cosa por esas poblaciones, pero tuvo siempre un pie en tierra, los agentes confidenciales, y concibió muy



temprano la idea — extraña entonces, pienso, a los yugoeslavos mismos — de utilizar esas fuerzas auxiliares no sólo contra Turquía, sino también hacia el norte, contra el Austria-Hungría.

Porque en los siglos XVI al XVIII los turcos se extendieron con mucho más allá de los Balcanes, ocuparon más de un siglo una parte de Hungría e hicieron dos veces, en 1529 y en 1863 el asedio de Viena. Su retroceso a los Balcanes y la liberación de Hungría fué enteramente la obra del Austria de entonces, con auxiliares alemanes y polacos, y se hizo, como se sabe, contra la política de Luis XIV, que estimuló a los turcos a su avance sobre Viena. Entonces, por largo tiempo, Croacia y Eslovenia cerraron la frontera contra los turcos, militarmente conocida por croatas para formar un dique permanente que ha cumplido su misión. Fué ese el país en donde tantos serbios y bosnianos, escapándose a las persecuciones turcas o desterrándose voluntariamente por una emigración secreta, hallaron siempre asilo y tierra para establecerse como campesinos. Fué para ellos bienvenido que la Croacia en tiempo de paz gracias a los tratados con los turcos y a la vigilancia permanente organizada, fuese un territorio inviolable por los turcos.

La gran política fué importada en esas regiones, aparte de los agentes rusos del siglo XVIII, por las guerras de Napoleón I, que cortó del Austria vencida ese territorio yugoeslavo, sobre todo dalmaciano y esloveno, lo que por primera vez separó al Austria del mar, como estos últimos diez años. Se ve ya, los turcos, Luis XIV, Rusia, Napoleón I, esas grandes potencias, fueron los verdaderos enemigos de Austria, no los yugoeslavos entonces, a quienes no hizo más que bien, teniendo en jaque la primera el poder turco y dándole asilo en Croacia en el mediodía de Hungría, y más tarde desarrollando la Dalmacia, a la que Venecia, al destruir todo desarrollo marítimo y de comercio por mar en el litoral adriático en tanto que estuvo al alcance de sus armas, había descuidado y paralizado con pleno conocimiento. Ocurrió así que en el siglo XIX, cuando los magyares habrían querido obstaculizar la autonomía croata, Austria y los croatas estaban ligados en el más alto grado, demasiado para todo hombre liberal, y los eslovenos fueron también de los más fieles, para ser protegidos contra los italianos. Los dalmacianos no estaban de ninguna manera insatisfechos, felices por no estar ya a las órdenes de los Doges de Venecia.

La Serbia propia que se había convertido en un principado eslavo, sometida cada vez más nominalmente sólo a Turquía, comenzó a hacerse valer entre Rusia y Austria, estando alternativamente al mejor postor y liquidando de tanto en tanto la situación por el asesinato de sus príncipes y un cambio de dinastía. La mayor parte de los serbios de Serbia son campesinos que hasta durante algunos años, de 1869 a 1874 aproximadamente, bajo la influencia de estudiantes que en Suiza y en Rusia conocieron las ideas de la Internacional y del socialismo ruso, formaron un partido socialista agrario, reformista y autonomista, partido que me ha interesado mucho en otros tiempos, porque he podido constatar en su desarrollo sucesivo que ese fué el primer partido socialdemócrata que, a medida que sus éxitos electorales aumentaban, se convirtió en un partido radical, puramente político y guiado por profesionales de la política que, haciéndose patriotas, aliándose con los militares expansionistas, se transformaron en los amos oficiales del país, en ministros y en gobierno. Ese es

el partido radical serbio, el partido de Svetozar Markovitch antes, el partido de Nikola Pasic después. Fué allí donde por primera vez la socialdemocracia recorrió todos los grados de desarrollo hacia el gubernamentalismo, y Pasic fué el primero de los Millerand, Briand, Pilsudsky, Mussolini y otros socialistas de marca, todos llegados, como en los países del norte los Branting, los Stauning, los Mac Donald.

A ese desenvolvimiento en Serbia había contribuido, sin duda, la guerra ruso-turca que se preparó, la primera por la neutralidad rusa en 1870, la revancha por la guerra de Crimea. Tuvo dos preludios ineficaces, la insurrección en Herzegovina en 1874-75, asunto bastante lánguido, y la guerra serbio-turca, primera aventura guerrera serbia, no muy notable tampoco, pero bastante buen pretexto para Rusia para entrar en la liza. Si no hablo con gran respeto de esos acontecimientos, es que he vivido ya esos tiempos y he visto el inflamamiento y el desinflamamiento de las reputaciones, la puesta al desnudo después del golpe de los hilos de las intrigas, etc. Desde esa época Serbia cayó en desconsideración por obrar sea como peón de la política rusa o austriaca, sea como picada por la tarantela de la megalomanía, fué derrotada completamente en Slivnica, y fué abandonada entonces a su suerte por Rusia y salvada por Austria, que puso un alto perentorio al ejército búlgaro.

Estas especulaciones, intrigas y aventuras permanentes, cultivadas por una casta militar que había mostrado por el asesinato del rey Alejandro y de la reina Draga en 1905 que era dueña efectiva del país, llenaron todo el tiempo hasta ese otro asesinato en Sarajevo, el 28 de junio de 1914 del archiduque austriaco y de su mujer (es de rigor allí que la mujer sea muerta también), — eso colmó verdaderamente el interés público en ese desgraciado país en un grado inconcebible en otra parte durante todos esos años, de 1874 a 1914 y después y durante esos cincuenta años que vieron tan inmensos progresos en la vida social europea, enseñanza, etc., Serbia no tuvo realmente — no bromeo — más que este record, que hubo allí el mayor número de asesinatos. No es que la población fuese mala — el campesino cría cerdos, recoge ciruelas, produce también carne y tocino y un excelente aguardiente (slivovitz) y además trigo y maíz, pero es demasiado poco cuidadoso para prestar gran atención a la vida humana, y como todos son del partido radical, las consecuencias del asesinato se lavan en familia.

Entonces la vida intelectual es mediocrementemente desarrollada; se sigue la consigna de los periodistas radicales, inspirados por los militares, y los profesores se dedican a probar las tesis serbias, que los macedonios búlgaros son en realidad serbios, que entre la mayor parte de los albaneses hay serbios y así por el estilo, que la lengua eslovena que los eslovenos tanto hicieron por cultivar en el siglo XIX y que fué impresa primero en el siglo XVI por protestantes refugiados en el Wuertenberg alemán, imprimiendo primero en ella libros religiosos, que esa lengua no tiene más remedio que desaparecer ahora, puesto que es serbia, y así sucesivamente. Todo esto, no son cargos, sino sólo algunos de entre los numerosísimos hechos.

Reunidos, pues, por su elección libre (de ningún modo por una conquista cualquiera) a esa Serbia desde 1918, los croatas, dalmacianos, bosnianos, eslovenos tienen los ojos abiertos ahora y no se asombran ya. Ven que Belgrado no les ofrece nada, nada absolutamente, y mientras los croatas autónomos ha-

bían atendido muy bien sus propios asuntos, peleándose un poco con Budapest, pero reacomodándose siempre, y que dalmacianos y eslovenos recibieron más que lo que daban de Austria, y Bosnia de Austria y de Hungría (pues estaba administrada en común), — es ahora Belgrado el que quisiera a la vez gobernar esos nuevos países "serbios" y obtener un máximo de recursos en impuestos. Entonces los croatas y eslovenos, patrióticos, pero prácticos también, piensan verdaderamente que son víctimas de su intinidad demasiado grande con Serbia que eleva pretensiones y no tiene nada que ofrecerles más que la gran probabilidad de una guerra, y que ven todavía mantener un régimen de terror en Macedonia, borrar del mapa a Montenegro y hacer un triple juego de gran política con fines imprevisibles (alianza francesa, Pequeña Entente y tratado italiano) por encima de la cabeza del pueblo croata que quisiera vivir en paz con todo el mundo.

He aquí en qué condiciones se juega esa partida entre Belgrado y Agram, donde Belgrado, experto en asesinatos, ha ganado la primera jugada, pero al matar al ídolo del pueblo croata ha sembrado una semilla que, como todo lo que se refiere a Serbia, dará una cosecha sangrienta.

¡Y decir que todo eso sucede bajo la indiferencia del proletariado europeo, que deja a los militares y financieros, diplomáticos y periodistas embrollar o desembrollar las cartas y que está tan dispuesto como nunca, a presentarse, el día de la movilización futura, a la hora indicada para ser conducido al matadero, para dar o recibir la muerte!

El 12 de agosto tuvieron lugar los funerales de Radic, mártir así de una buena causa, de su honestidad por no hacer causa común con el despotismo y la corrupción serbia y entregar su pueblo croata, sino por haber dicho altamente la verdad — y el 11 de agosto ese congreso de la Internacional llamada socialista, en su manifiesto pomposo "a los obreros de todo el mundo", no tiene una sílaba que decir sobre esos acontecimientos — ni sobre otros cien hechos que caracterizan la situación actual.

Me ahí, pues, cómo se está en un pequeño rincón de Europa, diez años después del fin de la masacre oficial — y Europa tiene un gran número de esos pequeños rincones donde nada se mejora y todo se acentúa. Eso lo discutiremos en un artículo siguiente.

15 DE AGOSTO DE 1928.



Uno de los errores de algunos compañeros, cuando discuten sobre la función anárquica en la revolución, es el de imaginarse casi exclusivamente la hipótesis de una revolución victoriosa en sentido anarquista, y en el sentido más completo de la palabra.

Ciertamente, si se tuviese una victoria tan grande, significaría que los anarquistas constituyen una fuerza numérica y moral tan grande como para hacer suponer toda la conciencia y capacidad susceptibles de realizar la anarquía. Y en tal caso, ciertamente, los anarquistas no deberían gastar demasiado esfuerzo en resolver en el momento oportuno los diversos problemas contingentes con el sentimiento de medida necesario caso por caso.

Pero a mí me parece que es un poco inmaduro hablar de una revolución completamente victoriosa en sentido anarquista, aun deseando tal victoria con toda el alma. Me parece mucho más probable que la próxima revolución alcance resultados algo más modestos; y que por tanto la función más importante de los anarquistas en ella es la de darle la orientación más libertaria posible, crear lo más que se pueda instituciones libres y autónomas, formar en los individuos y en las colectividades conciencias y estados de ánimo, una psicología y una mentalidad más orientadas en sentido anarquista, pero sin ilusionarse de poder llegar demasiado pronto a obtener en tal

sentido resultados tales que consientan a los anarquistas ser, como suele decirse, dueños de la situación. Los anarquistas intentarán; pero sus tentativas de realización, aunque les aproximen más que hoy a la anarquía, difícilmente podrán, al menos en un primer tiempo, obtener completamente su objetivo.

Esto no debe decepcionar, ni a nosotros ni a los demás; pues para estimular a la lucha basta la conquista parcial sucesiva, ya que toda lucha acaba siempre por alcanzar alguna partícula de bienestar y de libertad, aunque no sea *todo* el bienestar y *toda* la libertad del anarquismo. Pero esta eventualidad más que probable debe estimular a los anarquistas al estudio de un problema más urgente, dado que tendrá necesidad de ser resuelto antes: el problema de dar la mayor orientación libertaria posible incluso a una revolución no anarquista, y de impedir una involución autoritaria y dictatorial. Es decir, es preciso que los anarquistas examinen cuál puede y debe ser su actitud, como fuerza de minoría, sea en la lucha, sea en la obra general de reconstrucción, sea en sus relaciones con las mayorías eventualmente no anarquistas todavía.

Pero, para determinar esta actitud es necesario, y contribuirá a ella efectivamente, también una mayor conciencia de lo que los anarquistas harían o querían hacer si fuesen ellos los victoriosos. Y esto no



sólo porque una victoria anarquista, aunque nos parezca menos probable, dado el estado actual, no puede excluirse a priori para todos los países, sino también y sobre todo por razones de propaganda, para que todos sepan, comenzando por nosotros mismos, lo que queremos hacer cuando triunfemos, lo que los demás pueden esperar de nosotros en el caso de una victoria nuestra. El conocimiento de nuestro programa revolucionario, de un programa de que nosotros, los primeros, fuésemos bien conscientes, eso es lo que puede más que nada contribuir a recoger en torno a él aprobaciones cada vez más amplias, que un día nos darán la fuerza y la posibilidad de vencer.

Hay quien hace, entre los anarquistas, a propósito de todo esto, un razonamiento excesivamente simplista: "O los anarquistas son conscientes de lo que quieren o no lo son; si no lo son, no hay nada que hacer, y si lo son, todo irá viento en popa". Es un dilema, éste, que no responde a la realidad. En realidad los anarquistas, como por lo demás todos los hombres, no son nunca ni casi nunca completamente conscientes ni completamente inconscientes. La mayoría de los hombres — y los anarquistas son hombres como todos los demás, — son hoy, y no podemos prever si y cuándo no lo serán más, un amasijo de bien y de mal, obedientes a sentimientos buenos y a impulsos malos, capaces de heroísmo como de debilidad o vileza, con tendencias libertarias y tendencias autoritarias, etc. Remitiéndonos exclusivamente a su espontaneidad improvisadora, podremos, incluso por parte de los anarquistas, tener no pocas tristes sorpresas y desilusiones.

He ahí por qué, según mi opinión, es preciso que los anarquistas y los revolucionarios estén desde ahora aguerridos hasta contra sí mismos, contra las propias tendencias y defectos de pasividad o de autoritarismo, y se esfuercen por convertirse en "hombres de buena voluntad", que saben bien lo que quieren y qué es lo que podrán y querrán hacer en el momento oportuno, en las circunstancias contingentes que son previsibles desde hoy; que examinen y midan desde este momento las dificultades más evidentes y las posibilidades de superarlas. La tarea de superar estas dificultades será siempre grande igualmente; pero será menor y mayores las probabilidades de vencer, si se hubiese pensado primero en ellas.

He ahí por qué, repitiendo esto que he tenido ocasión de repetir más de una vez aproximadamente con las mismas palabras, "es preciso desde ahora precisar algo más concreto, y no confiarse exclusivamente a la espontaneidad y a la improvisación", algo que muestre nuestra función en la revolución, no sólo en línea máxima y como orientación genérica, sino que responda determinadamente y de modo convincente a las dificultades que desde ahora son previsibles en período revolucionario e inmediatamente post-revolucionario.

No son cuestiones que se puedan resolver con una resolución de un congreso, sino sólo con el estudio en común, para llegar a proposiciones concretas y efectivas, no únicas, sino múltiples y diversas. Proposiciones, entendámonos bien, propósitos, no esquemas obligatorios, no decisiones absolutas, no dogmas fijos. No debemos decir axiomáticamente, no la podre-

mos: "Se hará así", sino más bien: "se podrá hacer así, o bien de este otro modo". Pero estos modos, cuanto más sean, mejor, es preciso precisarlos, y no contentarse como en el pasado con decir: "cuando estemos allí, pensaremos", con la presuposición optimista de que con las dificultades surja automáticamente en nosotros la mejor idea de su resolución, y nazcan por encanto a nuestro alrededor los medios prácticos para resolverlas.

Por ejemplo, como se ha previsto en diversas ocasiones, también en una revolución de orientación ampliamente anarquista, podría tenerse el fenómeno de un cierto número de vividores o prepotentes o reaccionarios contra los cuales puede haber la necesidad de defenderse. Recuerdo al respecto lo que decía, en un escrito suyo de 1924, el malogrado camarada Spartaco Stagnetti; es decir que bajo ningún pretexto debe tener nadie el privilegio de estar armado: "o todos armados o todos desarmados". Por la común incolumidad, al surgir la necesidad, se podrán organizar organismos de defensa, sea entre los obreros de cada categoría, sea por fábrica, sea por localidad. Tal vez sería preferible por localidad: ciudad, aldea, comarca, etc. A las organizaciones de defensa podrían adherirse, voluntariamente, los más jóvenes del lugar que tengan la posibilidad, los cuales al manifestarse la necesidad establecerán los modos, los turnos, los medios, como para cualquier otro trabajo o servicio público.

Lo importante es que no se formen cuerpos especiales y privilegiados; que los grupos de defensa no tengan carácter coercitivo y estatal, que no se creen autoridades nuevas por su medio y con su pretexto, que su función no constituya un privilegio frente a todos los demás ciudadanos. Con tal fin, todos menos los que no lo quieran, deben estar en situación de ejercer su derecho a defenderse, a participar en la tarea común de la defensa. Quiere esto decir que si las masas renunciaran, se volverían automáticamente los más débiles; y entonces pocos prepotentes, menos en número pero más fuertes, pueden convertirse tarde o temprano en nuevos opresores.

He hecho aquí una de las hipótesis, entre las tantas posibles. Pero son todas las diversas formas de organización libre las que es preciso examinar y estudiar desde ahora, — de defensa, de aprovisionamiento, de producción, de intercambio, de servicios públicos, de relaciones entre las diversas agrupaciones, etc. — para no ser constreñidos en el acto práctico a recurrir a viejos sistemas o a sufrir las malas iniciativas ajenas, que podrían ser malas, especialmente si son improvisadas, aun cuando sus iniciadores fuesen o se creyesen anarquistas.

Cuando digo que es preciso estudiar las formas de la organización libre, es sobre todo para que estas puedan volverse más generales y de dominio público que sea posible, en tanto que la organización anarquista futura no podrá ser el hecho de los solos pequeños grupos de combate y de propaganda, sino de grandes colectividades que estén persuadidas de la posibilidad de la vida social libertaria y sepan cómo organizarla. Es bueno por tanto, que en la discusión participen todos los anarquistas, y que provoquen también la participación en ella de los adver-

sarios, para que puedan contraponer ideas a ideas, sistemas a sistemas, etc., de modo que la preocupación de hacer prácticamente posible la vida social libertaria se vuelva común a todos o a la mayor cantidad posible de gentes. Así, las iniciativas que surjan durante y después de la revolución tendrán un carácter de conciencia, estarán en cierto modo maduras, y al mismo tiempo hallarán un terreno preparado, siendo del conocimiento de vastas colectividades y no sólo de unos pocos iniciados. Será así mucho más fácil a todos decidirse sobre cada iniciativa y comportarse en consecuencia.

Ciertamente, es verdad, como se ha dicho en más de una ocasión por otros, sólo en la realidad práctica se tendrá la solución definitiva de los diversos problemas, porque la práctica sugiere muchas cosas que antes no se entreveían, y corrige otras. Pero si hay cosas que antes no se consiguen entrever, hay no pocas que se entrevén muy bien; y se debe pensar en proveer a ellas. Cuando se esté en el acto práctico, se corregirán si hay necesidad. Pero será más fácil corregir un experimento en que se haya pensado antes, desembarazándolo de todos los errores previsibles; y se proveerá mejor y más pronto a las cosas anteriormente imprevisibles, si antes hemos pensado en todas las demás que se podían prever.

Muchos dicen, o por lo menos piensan, que el ocuparse de lo que acontecerá durante y después de la revolución es un pasatiempo; y no hay otra cosa que hacer que provocar la sacudida que dé en tierra con la sociedad actual. "Después todos los medios serán buenos para salir del aprieto". Pero esto no

es verdad, porque no hay que olvidar que la revolución no basta hacerla, es preciso vencerla; y no se vencerá si los revolucionarios no resuelven poco a poco todas las dificultades que presente. Mucho de lo que ocurra durante y después de la revolución depende de lo que hagamos ahora, de la propaganda hecha antes de la revolución, de la mentalidad y psicología que hayamos sabido determinar en las masas, de los sentimientos y necesidades que hayamos despertado en éstas.

Que luego todos los medios sean o puedan, en el acto práctico, ser buenos, es un grave error. Puede haber algo de bueno en todo, naturalmente, o más bien, sería mejor decir que se debe tratar de obtener la mayor utilidad de todas las situaciones, y así también de todas las tendencias y temperamentos personales. Pero para salir con éxito es preciso prepararse para saberlo y poderlo hacer todo. No hay que disimular que hay también medios perjudiciales, caminos que conducen a la ruina, hombres pésimos que vale más tener como enemigos que como amigos. Hay además, unos medios que son mejores que otros... Y mientras estemos a tiempo, y tengamos la posibilidad de estudiarlos y de hacer una selección, no estaría mal prepararnos para aprovechar los mejores y descartar desde ahora los que creamos peores o nocivos.

Cada cual seguirá el camino que mejor crea, se entiende; pero debemos saber con precisión cuál camino queremos seguir nosotros, cuál creemos mejor, y una vez hecha la selección, entrar sin más y resueltamente por él.

MAX NETTLAU

## La fase actual del combate entre la libertad y la autoridad

### PROBLEMAS DEL PRESENTE Y DEL PORVENIR

Si por socialismo entendemos una verdadera regeneración de la humanidad libertada de la esclavitud hereditaria y presente, y viviendo luego en libertad y solidaridad según las abstracciones más o menos grandes, propias del individuo y de los grupos y determinando su género de relaciones y de actividades, tal objetivo no podrá nunca ser alcanzado por los métodos autoritarios que esperan poder forzar a los hombres a evolucionar en una dirección preconcebida mediante una dictadura, una imposición de voluntades. Es verdaderamente una presunción demasiado grande que toda experiencia adquirida tiende a refutar. Tal omnisciencia sobre el porvenir no ha existido nunca, y sobre el terreno de la sociología aplicada, como en cualquier otro, sólo una experiencia múltiple y variada puede dar algu-

nos resultados que van mejorándose, precisándose y que pueden crear una base práctica al fin de un cierto tiempo. Pero no se puede comenzar imponiendo una doctrina preconcebida.

A esas condiciones inalterables inherentes a toda evolución hay que atribuir, me parece, el que tanta teoría socialista propagada por las escuelas más diversas desde hace más de un siglo, no haya dado todavía más que un resultado tan flojo, a pesar de los millones de electores y de sindicatos y del número considerable de libertarios que están personalmente convencidos del socialismo libertario más integral y lo propagan con una abnegación tan grande y tantos sacrificios. Pero cada uno de nosotros siente que hay a su alrededor centenares de personas de su conocimiento, muy buenas gentes con frecuencia, pero que, o bien son inaccesibles a todo pensamiento verdaderamente socialista, o creen hacer bastante soportando algún partido avanzado, alguna or-



ganización obrera, y esperan de año en año que esos partidos tengan sus candidatos elegidos, que se hagan pasar algunas reformas, que los sindicatos defiendan su nivel de vida u obtengan algunas mejoras, y así pasan los años, pasa su vida, y no se hace gran cosa; el mundo queda en el capitalismo que absorbe, consume, derrocha y agota cada vez más la riqueza social acumulada por la naturaleza y que no se renueva más; y los hombres están cada vez más encorvados bajo el yugo, pues la esclavitud física es secundada por la adaptación mental a la vida de rutina reservada a las masas. Así el verdadero efecto de la propaganda socialista parece perderse cada vez más, el lector y el miembro de los grandes sindicatos no tienen nada que hacer, sus jefes piensan y deciden por ellos, y el libertario se remueve en el aislamiento, suavizado por la agrupación voluntaria con camaradas de ideas, pero un aislamiento no menor, porque el más bello grupo no es más que un oasis en un desierto de indiferencia y de hostilidad y ante todo de falta de comprensión.

¿No será necesaria una individualización y una especialización de nuestra propaganda? Las ideas generales, tan generosas, libertarias, revolucionarias, bellas y armoniosas que sean y por expuestas que sean con talento digno de ellas de pensador, de orador, de propagandista íntimo o de hombre que predica con su ejemplo, con su vida misma, no echan raíces evidentemente más que en un número restringido de individualidades, las que tienen, diría así, el oído libertario, tanto como en arte las creaciones más exquisitas fascinan a algunos, pero no dan satisfacción real a muchos otros que, más tarde, las aceptan por moda, por hábito, pero que generalmente no les prestan atención por mucho tiempo y prefieren vulgaridades. La anarquía encuentra siempre ese número restringido de hombres cuyo corazón vibra en respuesta a sus llamados, pero sobrepasa demasiado poco ese recinto limitado, rodeado aún de una esfera de vagas simpatías respetuosas, pero pasivas; y más allá está la falta de comprensión en toda una escala de gradaciones.

Algunos hombres vienen, pues, hacia nosotros, felices de encontrarnos, pero respecto de los otros, ¿no es necesario ir mucho más a su encuentro de lo que se hace generalmente? Cien mil exposiciones y declaraciones anarquistas en el todo altivo del: hay que tomarlo o dejarlo, no nos adelantan sino muy poco. No siento ningún desprecio hacia aquellos que no nos comprenden; reconozco que casi todos los hombres que no causan directamente mal y que no se han vuelto malvados y mezquinos en un grado incorregible para el resto de su vida, saben crearse un género de vida que les da alguna satisfacción, que son expertos, inteligentes, aplicados en alguna pequeña esfera que les interesa verdaderamente, y que desde ella sabrán llegar a una mentalidad más solidaria, más liberal, si se sabe tocarles donde sus mejores facultades y disposiciones se manifiestan.

Porque los hombres son diferenciados en un grado enorme tanto por el pasado que vive en ellos por el ambiente, la educación y las disposiciones hereditarias, como por la vida presente que les pone con mucha frecuencia en situaciones que no dependen de ellos y que son aceptables para algunos, insoportables para otros, que en los unos desarrollan su talento, en los otros amordazan y atroflan sus más bellas disposiciones. Así todo ambiente llamado de clase, de oficio, de sindicato, está compuesto por los elementos más diferenciados que una cuestión especial pue-

de arrastrar, pero es ese un arrastre demasiado pasajero y superficial, un fuego de paja de duración demasiado breve, y la verdadera regeneración integral no podrá derivarse de ahí, según mi opinión, debe tener una base distinta. No digo que esos impulsos sean inútiles, sino que están lejos de ser bastantes. Fué muy bello demoler la Bastilla en 1789, pero de ese entusiasmo no ha salido un pueblo que haya sabido evitar la caída bajo el yugo de Napoleón I. Fué muy hermoso la proclamación de la república desde las barricadas de febrero de 1848, pero no fué bastante para evitar que en diciembre del mismo año se eligiese a Louis Bonaparte como presidente, que en diciembre de 1851 diese el golpe de Estado y que en diciembre de 1852 se hiciese emperador. Nada más bello que la destrucción del zarismo en marzo de 1917, pero en noviembre de 1917 se permite que la usurpación bolchevista se convierta en dueña de los destinos del pueblo ruso. Así los impulsos colectivos más coronados de éxito y los más generosos, han sido frustrados después de un cierto tiempo por el hecho que el progreso general y sumario que la victoria popular ha conquistado, no ha entrado realmente en los espíritus y disposiciones de sus conquistadores mismos, los cuales la dejan marchitar, desmenuzarse, deformarse y entonces les es escamoteada por una dictadura nueva.

Los grandes partidos socialistas y las grandes organizaciones obreras (sindicatos reformistas) no tienen ya interés en cambiar este estado de cosas. Porque para ellos el individuo no pesa como hombre, es sólo una unidad de ciudadano o súbdito que obedecerá a su dictadura mayoritaria (llamada soviética o democrática, es el mismo sistema) y para el cual el pensamiento independiente es un apéndice completamente inútil que puede sólo sugerirle veleidades opuestas peligrosas y muy mal vistas. Según ellos, el porvenir se desarrollará en cuadros estatistas como el presente, controlados por ellos. Ese porvenir entre bolchevismo, fascismo y coaliciones capitalista-social-reformistas, no nos dice nada, implica el desmenuzamiento de los hombres y el derroche de las riquezas naturales de la tierra por sistemas incompetentes los tres y cuyas rivalidades, querellas y posibles coaliciones y trusts, aumentarán todavía la confusión.

### EL SOCIALISMO AUTORITARIO. —

Tenemos verdaderamente todo el socialismo autoritario contra nosotros hoy, como un enemigo tan decidido como un ejército hostil que bombardeara nuestra ciudad o como un asesino que nos pusiera el puñal en la garganta. No puede haber abandono, relajamiento más completo que el de todo verdadero socialismo por los dirigentes del socialismo autoritario, que no tienen más que este propósito: gobernar, aunque fuese en una coalición cualquiera, aunque fuese, y esto con preferencia, naturalmente, como amos absolutos según los bolchevistas.

Esta situación, que yo no creo exagerar, sobrepasa, supera verdaderamente las fuerzas de los libertarios, y nuestro porvenir sería bien triste, si por un tiempo indefinido quedásemos como al margen de la historia, gritando nuestra indignación, formulando nuestras críticas, oponiendo esto y aquello al despotismo general por alguna acción valerosa, pero probablemente demasiado débil para quebrantarlo, y viviendo así de año en año en una esfera de aislamiento, rodeada de algunas simpatías, pero que no se extiende perceptiblemente, según lo que veo.

Verdaderamente nuestros antepasados no conocían aún tal situación. Proudhon tenía frente a él socialistas y comunistas doctrinarios, ingenuos o poco mafiosos, con la sola excepción de Blanqui, que manipulaba ya la dictadura, pero que causaba horror a los otros socialistas de su tiempo, y de Louis Blanc, el primero que saltó del socialismo al estatismo vulgar. Proudhon tenía todavía en jaque a todo ese mundo, y Bakunin tuvo de su parte toda una joven generación anti-autoritaria que se rebeló como él contra el autoritarismo de Marx, que había dado ya a su socialismo la dirección que había de llevar infaliblemente a la situación presente; asimilándose tanto a Blanqui como a Louis Blanc, promovió la dictadura directa por el golpe de mano, la usurpación bolchevista, y la dictadura velada por la democracia electoral, los partidos socialistas que se encaminan hacia las mayorías parlamentarias para apoderarse también del Estado. Nadie ha podido más claramente penetrar eso y prevenir contra ello que Bakunin, y su pensamiento resuena todavía en nuestros argumentos y protestas presentes. Un tiempo seguido, cuando el socialismo autoritario velaba aún sus garras y cuando las ideas libertarias, mostradas en su gran belleza y demostradas en su afinidad íntima con lo que la naturaleza y la ciencia nos enseñan, por Reclus y Kropotkin, con el arte, por una juventud de mucho talento, con una moralidad elevada, por Tolstoi, cuando las ideas anarquistas expansionándose así en bella floración, apoyadas también por fuertes tendencias federalistas y revolucionarias en una parte del sindicalismo de entonces, aparecieron decididamente establecidas en la conciencia pública y capaces en lo sucesivo de tener en jaque al socialismo autoritario, el cual en las palabras de Jaurés y de Keir Hardie supo encontrar el mismo entonces una apariencia un poco menos repulsiva; se desestimó el peligro autoritario, creyéndolo limitado, en esos años en que las mentalidades de guerra se preparaban ya, al marxismo alemán y, por lo demás, pareció absolutamente improbable entonces que un poder estatista real cayese tan pronto al alcance de la mano de los marxistas, como fué el caso en 1917 en Rusia. Entonces siguió el envenenamiento autoritario de toda la humanidad por los años de la guerra, y además el quiproquo bastante general y bastante prolongado cuando anarquistas, y de los mejores, no supieron si era preciso admirar o rechazar el bolchevismo que, durante ese tiempo, quedando sin crítica seria, dió la vuelta al mundo, fué confundido con el socialismo entero y procreó la reacción fascista, alimentada ya por el nacionalismo caldeado al rojo.

### DOS SITUACIONES NUEVAS. —

Así, me parece que el peligro autoritario tenía un aspecto mucho menos amenazador en todos esos años en que los socialistas autoritarios no tenían ninguna partícula de poder real y parecían estar todavía alejados de él. De igual modo entonces las ideas anarquistas parecían estar en línea ascendente más directa que lo que están hoy, en que, si se han difundido internacionalmente, están bastante débilmente representadas en algunos grandes países, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y reducidas al silencio — lo que obstaculiza en todo caso la propaganda amplia — en Italia y en Rusia. De ahí concluyo sólo que, si en épocas en que el autoritarismo parecía sólo virtualmente representado por el Estado presente, y cuando el socialismo autoritario no era

todavía más que un error teórico de hombres a quienes se consideraba, fuera de eso, como bunos socialistas, se ha creído poder vencerlo por las solas fuerzas de la anarquía, esa fué una opinión válida para entonces y que no es necesariamente de validez permanente (por lo demás, no se le ha vencido, puesto que ha continuado creciendo). Observo todavía que, cuando se creyó encontrar en el sindicalismo un gran medio de ensanchar el cuadro de nuestra propaganda, no se ha vacilado en hacerlo; yo no fui arrastrado nunca por esa táctica y todo el mundo ha vuelto sobre sus pasos, pero cito el hecho porque prueba que la táctica anarquista no ha sido nunca establecida en un grado que no pueda ser cambiada más, lo que, por lo demás, sería una concepción conservadora. Yo pienso que las nuevas situaciones deben cambiarla, y esas situaciones nuevas son en mi opinión estas dos:

Ante todo, el hecho real, establecido desde hace diez años (primavera de 1918), fuera de duda, que ahora los socialistas llegados al poder no reconocen ninguna solidaridad con otros socialistas, sino que los persiguen, aprisionan, reducen al silencio y los masacran, si su "razón de Estado" les hace parecer útil eso. En la primavera de 1918 los bolchevistas ametrallaron en Moscú la casa de los anarquistas, en los funerales de Kropotkin asistieron anarquistas que recibieron para esa ocasión una libertad de algunas horas de las prisiones soviéticas, pocas semanas después la ciudad de Kronstadt, foco de una oposición contra los dictadores, fué bombardeada y reducida a la sumisión por los métodos que recuerdan la represión contra la Comuna de París en mayo de 1871. El que ordenó esas masacres, Trotsky, es él mismo desterrado estos meses al fondo del Asia por una oposición puramente de crítica teórica sobre el terreno de los principios del partido bolchevista. Se conocen los innumerables actos de persecución despiadada contra todos, absolutamente todos, los que no están, sea por una fe que es su buen derecho, sea por una máscara hipócrita, lo que es muy frecuente, en olor de santidad ante los dictadores y su burocracia omnipotente. Ese hecho, pues, de ver la polémica sobre el papel inmediatamente reemplazada por la matanza y los sufrimientos físicos desde que esos socialistas bolchevistas dispusieron del poder material, y que, además, el fin es, junto al aplastamiento físico, la sofocación del pensamiento, de todo pensamiento y de toda palabra que no sea el eco servil del sistema bolchevista reinan — ¿no es un hecho nuevo, algo que Proudhon y Bakunin y Kropotkin y Tolstoy han podido presentir, predecir incluso, pero que ninguno de ellos y de nosotros, en nuestra fe en la humanidad, ha creído verdaderamente posible? — Ahora, desde hace diez años, es un hecho conocido, vuelto banal, algo que se toma ya a la ligera, diciendo que es preciso romper los huevos para hacer una tortilla, que hay desgastes y falsos gastos en toda gran obra o, como acaba de hacerlo ese delegado inglés, Buxton, en el congreso internacional socialista de Bruselas (agosto de 1928), diciendo que bolchevismo y fascismo son asuntos internos de Rusia y de Italia.

Si es así, entonces hay que desesperar del socialismo; habrá en todas partes, tarde o temprano, partidos igualmente crueles en el poder que sofocarán a lo bolchevista a todos los que no se inclinan ante su usurpación, y que se garantizarán mutuamente la no intervención en sus "asuntos internos" de dictadura impuesta por el despotismo más cruel y desvergonzado.



El segundo hecho me parece ser éste, que esa caída en un salvajismo sin paralelo en la historia, practicado aquí por socialistas contra otros socialistas, allá por una nacionalidad triunfante momentáneamente contra una nacionalidad vencida o más débil (italianos contra tiroleños de lengua alemana, rumanos contra magyares, serbios contra macedonios, croatas, etc., etc.), allí por un aglomerado de todas las pasiones, codicias y taras atávicas contra todo un pueblo de los más notables (el incubo fascista contra el pueblo italiano) — que esa caída terrible promueve, sin embargo, inevitablemente, la indignación de los mejores elementos de la humanidad, — lo que sugiere la idea de agrupar esos elementos demasiado aislados, para que se conviertan en una fuerza viva para el bien distinta de lo que es ahora.

Si esos dos hechos no son capaces de hacer salir las actividades anarquistas de la rutina ordinaria, no sé lo que podría ocurrir para que salgan alguna vez. Yo sé que "se hace lo que se puede", que se reúnen fondos para aliviar las heridas, socorrer a las víctimas, que se dice lo que hay que decir a los bolchevistas y a Mussolini; eso es excelente, pero es justamente lo que yo llamo obreros de la rutina. La Cruz Roja atenúa un poquito la consecuencias de la guerra, no combate la guerra, y los dictadores se han habituado a que haya en alguna parte en el mundo, más allá de sus garras, una mala prensa para ellos; por lo demás, eso no les molesta demasiado.

**REALIDADES. —**

Pero existe por doquiera la disposición de los capitalistas a hacer negocios con los usurpadores que, en Rusia como en Francia, no pueden subsistir económicamente más que por importaciones y empréstitos extranjeros, y son, pues, los obreros de los otros países los que producen esas mercaderías de importación y el beneficio monetario capitalista que se coloca en esos empréstitos — y así esos dos sistemas usurpadores son alimentados tanto por el trabajo subyugado en el interior como por el trabajo de otras grandes cantidades de obreros en el exterior, en muchos países. Todo el mundo sabe eso, pero se deja hacer, — se indigna uno por eso de "los negocios son los negocios", pero se practica eso del "salario es el salario". Por lo demás, verdaderamente, la diferencia no es grande entre trabajar para el capitalista del interior o para el sistema bolchevista y fascista del exterior: ¿cuándo, cuando verán los obreros que sólo ellos mantienen todos los sistemas odiosos en todas partes por su trabajo y su obediencia?

Todo eso cambiará cuando los productores comprendan eso y retiren su apoyo a los sistemas parasitarios que viven de ellos, pero no estamos todavía en ese punto. Por el momento, para mí, la cuestión es ésta: *si las grandes fuerzas latentes de la humanidad con necesidad de practicar la bondad, la libertad, la solidaridad, de vivir una vida bella y armoniosa están verdaderamente despiertas hoy, coordinadas, hechas eficaces por tanto ¿cómo podría eso ser posible o bien no, no todavía, no en el grado posible y necesario?*

Yo pienso que no; hay una cantidad de movimientos, pero todos se han deslizado desde hace tiempo en sendas rutinarias y, ante todo, desde que adquirieron un cierto número de adherentes, son conducidos mucho más como conviene a esos adherentes y miembros que como su verdadero objetivo, la expan-

sión del movimiento en una gran escala muy progresiva y la realización misma del objetivo propuesto lo exigiría. Una organización se convierte pronto en un Selbst-zweck, en un organismo según la voluntad de sus miembros, en algo ante lo cual los recién venidos no tienen más que inclinarse, que tiene su espíritu de cuerpo, sus hábitos fijos, que es una pequeña patria, cara a sus miembros y más o menos altiva y desconfiada hacia los novicios, los nuevos inmigrantes. Todos los movimientos progresivos están constituidos así, desde los partidos del carnet de miembro al grupo anarquista nominalmente más abierto y no organizado, pero que posee siempre su núcleo íntimo de los más militantes, sus hábitos reconocidos, sus tradiciones, etc. Lo mismo ocurre con los periódicos que son también un mundo más o menos cerrado. Todo es sin duda técnicamente necesario; hay organización o no hay... pero ¿se cree verdaderamente que toda la humanidad progresiva pasará por esas puertas un poco estrechas de las organizaciones? Esas organizaciones implican siempre una superioridad espiritual sobre el novicio, una escuela para adultos, algo que conviene a muchos hombres, pero que es extraño, antipático a muchos otros, a un mayor número probablemente. Estos sienten que se quiere algo de ellos, su voto, su apoyo, su suscripción, etc., y habituados a los fines interesados de tantos de sus conciudadanos, se enfurruñan y se resisten.

Es difícil cambiar eso, pero ese estado de cosas produce, pienso, la pérdida de una gran parte de todo esfuerzo propagandista. Los grandes partidos que piden verdaderamente el voto, las cotizaciones del mayor número posible de personas que, de otro modo, les interesan bien poco, no pueden salir de esa rutina y se hunden al contrario cada vez más en ella, rivalizando en reclame electoral, etc. Pero la propaganda desinteresada no debería quedar clavada a esa rutina donde sus esfuerzos honestos, por otra parte, son poco escuchados al lado del tam tam de los demagogos vecinos. Esa propaganda desinteresada, pues, debería aproximarse a los hombres de mil modos, no para enrolarlos ante todo en sus filas, sino para que se penetran de las ideas y las hagan circular a su alrededor. Un hombre que vive así la vida de la idea misma, hace emanar esa vida a su alrededor, es mucho más útil haciendo eso que si se reúne con otros en un grupo en donde están entre ellos y se hallan quizás inclinados a corregirse mutuamente, lo que a menudo se hace en pura pérdida. Nuestra fuerza es la movilidad, la variabilidad que el desinterés da a nuestra propaganda; utilicemos esa fuerza y no rivalicemos creando construcciones, aglomeraciones, con los demagogos que por su falta de conciencia, nos superan siempre en ese terreno.

**EL ENSANCHAMIENTO DE LA SIMPATIA LIBERTARIA**

Tratamos, pues, verdaderamente de crear las nuevas mentalidades, fuerzas activas a su alrededor en la buena dirección, y seamos ante todo modestos y no doctrinarios soberbios y difíciles de contentar. Encontraremos cien veces más hombres a quienes atraer a alguna parte del conjunto de las ideas progresivas que hombres que abracen de conjunto las ideas libertarias y eso en una forma completa e impecable. No desdeñemos por tanto a los primeros, no les ridiculicemos, no les lesionemos, no les descuidemos y no tratemos a todo precio de moldear las ideas de

un recién venido para estar enteramente de acuerdo con lo que nosotros creemos la concepción más perfecta de la anarquía. Somos demasiado pocos para especializarnos así, debemos ante todo ensanchar nuestras filas y si hubiera así simpatizantes y anarquistas completos de muchos grados y matices, no importa, tanto mejor. Porque nosotros tenemos ante todo necesidad de *simpatía, de interés, de consentimiento tácito, de solidaridad, por relativa que sea* de un número de hombres todo lo mayor posible. Si en algunos centenares de habitaciones o de salitas de las ciudades los grupos anarquistas muy perfectos discuten entre sí y enrolan algunos recién venidos, eso es muy poco para la vida de una idea; debe estar ante todo el mundo por la vida de un número de hombres de verdadero valor, como ocurre verdaderamente ya en algunas localidades, pero demasiado raramente.

No es posible para un trabajador separarse de sus camaradas en la lucha cotidiana del trabajo, ni en los esfuerzos para organizar la fuerza colectiva de los trabajadores, pero nada le obliga como anarquista a imitar su esfuerzo a ese ambiente. Las ideas avanzadas y generosas no son un producto ni un privilegio de clase. El sistema presente pesa sobre todos, y si alguno debiera tener prisa e interés en ponerle un fin, es el trabajador que alimenta a todo el mundo, no el burgués que quiere dejarse alimentar. El trabajador que ha reconocido eso y que ve que los otros trabajadores a su alrededor no lo reconocen o al menos no se apresuran a ponerle un fin, no puede dejar de ver que para esa comprensión completa y para un impulso que haga reaccionar con intensidad contra la explotación, es preciso algo más que la sola cualidad de proletario, y habrá podido también ver que este sistema se ha vuelto insostenible (por la falta de libertad, por la sumisión moral, por el sentimiento de equidad) para otros muchos que no son proletarios y que, si se les llama burgueses, son los menos militantes, los más pobres de esa clase o, si se les llama obreros del pensamiento, se encuentran a menudo tan mal como los obreros manuales. Tienen algunas veces la pretensión de considerarse muy simplemente como *hombres*, — y bien, a esos hombres es preciso dirigirse mucho más; si una idea corresponde bien al deseo de independencia que tienen aquellos a quienes la vida no oprime completamente y a los cuales no da tampoco medios abundantes de opresión y de explotación ajena, es la idea anarquista, la única garantía de una vida completamente autónoma.

Por lo tanto si el trabajador anarquista en su vida de trabajo no conoce más que *productores y parásitos*, en su vida de propaganda no debería reconocer más que *hombres deseosos de libertad solidaria, y hombres deseosos de encontrar a uno más débil para explotarlo* — y deberá en el estadio presente de la anarquía tan joven aún y tan poco conocida, tratar de crear para la idea misma así como por *todo*, absolutamente todo lo que se encamina hacia la libertad-solidaridad, el mayor número de simpatías de hombres de valor en todos los grados y matices. Porque si en un terreno tan duro y estéril como el mundo presente, el descendiente de un número infinito de generaciones autoritarias, se tratara de hacer crecer bellas flores de las cuales se posee la semilla (nuestra bella anarquía) ¿qué se haría? ¿Se echarían las semillas en terreno pedregoso y árido? Se secarían allí, como tanto esfuerzo anarquista desde hace tres cuartos de siglo que

no pudo echar raíces. Se crearía, al contrario, ante todo, como nos lo diría cualquier jardinero, terreno receptivo y fértil, y en ese suelo brotaría la semilla. Eso es lo que yo llamo aquí los simpatizantes y los recién venidos vacilantes, imperfectos que no hay que apresurar a que sean perfectos, como no hay que forzar a una planta.

Mantengo que un suelo tan fértil ha existido ya, lo que explica la acogida hecha a los Proudhon y Bakunin, a Reclus y a Kropotkin, pero que el diluvio autoritario desde los últimos años antes de 1914 ha barrido ese terreno y que ahora se trata, en fin, de reconstruirlo. Proudhon atrajo la atención como portavoz de la libertad social contra un patriarcalismo socialista tutelar que desagradaba a los hombres del siglo XIX. Bakunin fué un baluarte de la libertad amenazada todavía por el tutelaje vuelto no ya patriarcal, sino dictatorial, y apeló al espíritu de crítica y al sentimiento de rebelión que reside en todos los cerebros libres y en todos los corazones generosos. Reclus y Kropotkin pertenecían a los productos más finos de la maravillosa ciencia del siglo XIX, una ciencia que trataba aún de emancipar al hombre y de hacerlo feliz y no de envenenarlo y de destruirlo como la ciencia a sueldo del militarismo y del gran capital de este triste siglo presente. Por la palabra de esos dos hombres la anarquía era para la parte inteligente de sus contemporáneos una integración de la ciencia, por la palabra de Tolstoy una integración de la verdadera moral humana. Es preciso volver a ganar ese nivel que veinte años de diluvio autoritario nos han hecho perder.

**UN TERRENO FECUNDO. —**

Y en eso considero que la sed de libertad, de bondad, de la más sencilla honestidad que todos los hombres no envilecidos y agangrenados por la peste autoritaria de estos tiempos, experimentan, puede formar un suelo nuevo, en el cual la semilla de nuestras ideas crecerá, si nos tomamos simplemente ese trabajo, — con sólo bajar de nuestra percha en el árbol de lo Absoluto, en las nubes de la Perfección, protegida por el alambre de púa de la Crítica acerba que no perdona — un acampamento inaccesible que asegura la continuidad de nuestro ambiente (lo que tengo el agrado de reconocer), pero que es en verdad la expresión de una resignación que no está justificada. Hay quien cree que no se puede hacer más frente a la reacción presente. Yo pienso todo lo contrario; que no se puede fundar la anarquía mañana, donde hoy el fascismo, el bolchevismo, la socialdemocracia o el capitalismo más vulgar y embrutecedor celebran sus orgías, eso cla-

"LA PROTESTA"  
(diario)  
y el SUPLEMENTO  
(revista quincenal)

Suscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.



ro está, pero al día siguiente será todavía más de gradante, si las dos categorías de elementos todavía sanos, los libertarios y los hombres simplemente humanos y de buena voluntad, los buenos hombres y mujeres que hay en todas partes, no encuentran el modo de conocerse, de aproximarse, de darse la mano y de encontrar formas de resistencia al mal primero, luego de reconquistar lo que la humanidad ha perdido de terreno.

Si se hiciera eso por iniciativas libertarias, prestarían al mundo entero un servicio que haría el mayor bien a su idea hoy tan poco conocida y tan desconocida. En el curso de tales desenvolvimientos sin duda una parte de las víctimas de los autoritarios volverían a su sentido y se desembarazarían de sus jefes. Los verdaderos aprovechadores de la miseria general que después de los capitalistas aprovechadores de guerra, han venido como aprovechadores de revolución; un siglo de esfuerzo revolucionario de innumerables revolucionarios rusos de todos los matices fué escamoteado así en algunos días de noviembre de 1917 por los aprovechadores bolchevistas, como todo el esfuerzo nacional y social italiano de un siglo fué embolsado por el aprovechador Mussolini, cinco años después. Tal despertar y renovación se hará infaliblemente, pero si no se hace con la participación muy activa de los libertarios, se hará en nombre de un autoritarismo moderado, enmendado, de un liberalismo lleno de buenas promesas, en una palabra de algo que el mundo aceptará con alivio, pero que no será más que una reiniciación del viejo sistema. Pero el mundo será su víctima y los libertarios quedarán en un aislamiento que yo no sé verdaderamente cómo terminará, si se hace siempre banda a parte en las situaciones que conmueven y remueven a todo el mundo.

8 DE AGOSTO DE 1928.

Soy probablemente muy ingenuo al insistir de tal modo sobre estas cosas, que será difícil poner en práctica. Amo tanto como cualquiera la idea anarquista en su integridad, pero su realización es para mí algo que no se hará ni según los libros y los periódicos, sino según el conjunto de fuerzas no obstaculizadas que se dirigen hacia la libertad solidaria — y lógicamente yo quisiera que esas fuerzas no se desmenuen, no se agoten en el camino, sino que formen una corriente bastante fuerte para derribar los obstáculos autoritarios. No es posible para un arroyo el correr una distancia muy grande: o se une a una corriente y ambos se refuerzan, o se agota y desaparece; también la vida que se dice inanimada es una vida social. Así ha sido muy útil a la anarquía el desarrollarse como fuente completamente pura, como arroyo cristalino alerta, pero ese arroyo recorre ahora una comarca tan obstruida por la autoridad, que parece haber llegado el tiempo de reforzarse. Será evidentemente posible continuar como hasta aquí, pero entonces vegetaremos bien a nuestro modo, pasaremos nuestra vida entre nosotros, en un ambiente sin duda agradable, otros después harán lo mismo, y tendremos así una vida al margen de la historia, que me parece una manifestación un poco demasiado anodina de nuestra bella idea.

Yo no quisiera monologar siempre sobre este asunto al que no me refiero por primera vez, pero que considero bastante importante para insistir sobre él de tanto en tanto. Otros tratan también ahora de hacer salir nuestro movimiento de las huellas de la rutina; que me digan dónde me he equivocado, no quiero nada mejor.

### EL GOBIERNO RUSO Y TOLSTOY



El gobierno ruso, aprovechando el centenario del nacimiento de Tolstoy ha ordenado en toda Rusia una semana de festejos en memoria del gran pensador de Yasnaia Poliana. Los oradores bolchevistas han hecho a su modo, ante las masas populares el elogio más entusiasta de Tolstoy...



...Pero si el homenajeado de hoy viviera en la Rusia de los soviets sufriría la suerte de sus partidarios, de sus amigos y simpatizantes, es decir de todas las fracciones del socialismo que no comulgan con el zarismo de la comisariocracia.

ELISEO RECLUS

## La anarquía y la iglesia

La conducta del anarquista hacia el hombre de iglesia se halla trazada de antemano: en tanto que curas, frailes y toda clase de detentadores de un supuesto poder divino se hallen constituidos en liga de dominación, ha de combatirlos sin descanso, con toda la energía de su voluntad y con todos los recursos de su inteligencia y de su fuerza. Esa lucha no ha de impedir que se guarde el respeto personal y la simpatía humana a cada individuo, cristiano, budista, fetichista, etcétera, en cuanto cese su poder de ataque y de dominio. Comencemos por libertarnos y trabajemos después por la libertad del adversario.

Lo que ha de temerse de la Iglesia y de todas las Iglesias lo enseña claramente la historia, y sobre este punto no hay excusa: toda equivocación o interpretación desnaturalizada es inaceptable; es más, es imposible. Somos odiados, execrados, malditos: se nos condena a los suplicios del infierno, lo que para nosotros carece de sentido, y lo que es positivamente peor, se nos señala a la vindicta de las leyes temporales, a la venganza especial de los carceleros y de los verdugos y aun a la originalidad de los atormentadores que el Santo Oficio, viviente aún, sostiene en los calabozos. El lenguaje oficial de los papas, fulminado en sus recientes bulas, dirige expresamente la campaña contra los "innovadores insensatos y diabólicos, los orgullosos discípulos de una supuesta

ciencia, las gentes delirantes que proclaman la libertad de conciencia, los despreciadores de todas las cosas sagradas, los odiosos corruptores de la juventud, los obreros del crimen y de la iniquidad." Anatemas y maldiciones dirigidas preferentemente a los revolucionarios que se denominan libertarios o anarquistas.

Perfectamente; es lógico que los que se dicen y se consideran consagrados al dominio absoluto del género humano, imaginándose poseedores de las llaves del cielo y del infierno, concentren toda la fuerza de su odio contra los réprobos que niegan sus derechos al poder y condenan todas las manifestaciones de ese poder. "¡Exterminad! ¡Exterminad!" tal es la divisa de la Iglesia, como en los tiempos de Santo Domingo y de Inocencio III.

A la intransigencia católica oponemos igual intransigencia, pero como hombres, y como hombres inspirados en la ciencia, no como taumaturgos y verdugos. Rechazamos en absoluto la doctrina católica, lo mismo que la de todas las religiones afines; combatimos sus instituciones y sus obras; trabajamos para desvanecer los efectos de todos sus actos. Pero esto sin odio a sus personas, porque no ignoramos que todos los hombres se determinan por el medio en que sus madres y la sociedad les han colocado; sabemos que otra educación y circunstancias menos favorables hubieran podido embrutecernos también,



y lo que sobre todo nos proponemos es desarrollar para ellos, si aun es tiempo, y para las generaciones venideras, otras condiciones nuevas que curen por último a los hombres de la "locura de la cruz" y demás alucinaciones religiosas.

Lejos de nosotros la idea de vengarnos cuando llegue el día en que seamos los más fuertes: los caudales y las hogueras serían insuficientes para vengar el número infinito de víctimas que las Iglesias, y la cristiana muy especialmente, han sacrificado en nombre de sus dioses respectivos durante la serie de siglos de su ominosa dominación. Además la venganza no se cuenta entre nuestros principios, porque el odio llama al odio y nosotros nos sentimos animados del más vivo deseo de entrar en una nueva era de paz social. El firme propósito que nos guía no consiste en emplear "las tripas del último sacerdote para anorar al último rey", sino en hacer de modo que no nazcan reyes ni curas en la purificada atmósfera de nuestra nueva sociedad.

Lógicamente, nuestra obra revolucionaria contra la Iglesia comienza por ser destructora antes de que pueda ser constructiva, a pesar de que las dos fases de la acción sean independientes entre sí, aunque bajo diversos aspectos, según los diferentes medios. Sabemos, además, que la fuerza es inaplicable para destruir las creencias sinceras, las candidas e ingenuas ilusiones, y por lo mismo no tratamos de penetrar en las conciencias para arrancar de ellas las perturbaciones y los sueños fantásticos, pero podemos trabajar con todas nuestras energías en separar del funcionamiento social todo lo que no concuerde con las verdades científicas reconocidas; podemos combatir incesantemente el error de todos los que pretenden haber encontrado fuera de la humanidad y del mundo un punto de apoyo divino que permite a ciertas castas de parásitos erigirse en intermediarios místicos entre el creador ficticio y sus supuestas criaturas.

Puesto que el temor y el espanto fueron en todo tiempo los móviles que subyugaron a los hombres, como reyes, sacerdotes, magos y pedagogos lo han reconocido y repetido bajo diferentes formas, combatamos sin cesar ese vano terror de los dioses y de sus intérpretes por el estudio y la serena y clara exposición de las cosas. Persigamos todas las mentiras que los beneficiarios de la antigua necedad teológica han esparcido en la enseñanza, en los libros y en las artes, y no descuidemos la oposición al vil pago de los impuestos directos e indirectos que el clero nos extrae; impidamos la construcción de templos chicos y grandes, de cruces, de estatuas votivas y otras fealdades que deshonran y envilecen poblaciones y campiñas; agotemos el manantial de esos millones que de todas partes afluyen al gran mendigo de Roma y hacia los innumerables submendigos de sus congregaciones, y, finalmente, por la propaganda diaria, quitemos a los curas los niños que se les da a bautizar, los adolescentes de ambos sexos que confirman en la fe por la ingestión de una hostia, los adultos que se someten a la ceremonia matrimonial, los desgraciados a quienes inician en el vicio por la confesión, los moribundos a quienes aterrorizan en el último momento de la vida. Descristianicémonos y descristianicemos al pueblo.

Pero, se nos objeta, las escuelas en Francia, hasta las que se denominan laicas, cristianizan la infancia, es decir, toda la generación futura, ¿cómo cerraremos esas escuelas, puesto que nos encontramos ante padres de familia que reivindican la "libertad" de

la educación escogida por ellos? ¡He aquí que a nosotros que hablamos siempre de "libertad" y que no comprendemos al individuo digno de ese nombre sino en la plenitud de su fiera independencia se nos opondrá también la "libertad"! Si la palabra respondiese a una idea justa, deberíamos bajar la cabeza respetuosamente para ser consecuentes y fieles a nuestros principios; pero esa libertad del padre de familia es el rapto, la sencilla apropiación del hijo, que es dueño de sí mismo, y que se entrega a la Iglesia o al Estado para que le deformen a su antojo. Esa libertad es semejante a la del burgués industrial que dispone, mediante el jornal, de cientos de "brazos" y los emplea como le conviene en trabajos pesados y embrutecedores; una libertad como la del general que hace maniobrar a su antojo las "unidades tácticas" de "bayonetas" o de "sables".

El padre, heredero convencido del *pater familias* romano, dispone por igual de hijos e hijas para matarlos moralmente, o, lo que es peor, para envilecerlos. De estos dos individuos, el padre y el hijo, virtualmente iguales a nuestros ojos, el más débil tiene derecho preferente a nuestro apoyo y defensa, a nuestra decidida solidaridad contra todos los que le dañan, aunque entre ellos se cuenten al padre y hasta la madre que le llevó en su seno.

Si, como sucede en Francia, por una ley especial impuesta por la opinión pública, el Estado niega al padre de familia el derecho a condenar a su hijo a perpetua ignorancia, los que estamos de corazón con la generación nueva, sin leyes, por la liga de nuestras voluntades, haremos todo lo posible para protegerla contra la mala educación.

Que el niño sea regañado, pegado y atormentado de varias maneras por sus padres; que sea tratado con mimo y envenenado con golosinas y mentiras; que sea catequizado por hermanucos de la doctrina cristiana, o que aprenda en casa de jesuitas una historia páfida y una falsa moral, compuestas de bajeza y crueldad, el crimen es lo mismo y nos proponemos combatirlo con la misma energía y constancia, solidarios siempre del ser sistemáticamente perjudicado.

No hay duda que en tanto que subsista la familia bajo su forma monárquica, modelo de los Estados que nos gobiernan, el ejercicio de nuestra firme voluntad de intervención hacia el niño contra los padres y los curas será de cumplimiento difícil, pero por eso mismo deben dirigirse en ese sentido nuestros esfuerzos, porque no hay término medio: se ha de ser defensor de la justicia o cómplice de la iniquidad.

En este punto se plantea también, como en todos los demás aspectos de la cuestión social, el gran problema que se discute entre Tolstoi y otros anarquistas acerca de la resistencia o no resistencia al mal. Por nuestra parte opinamos que el ofendido que no se resiste entrega de antemano los humildes y los pobres a los opresores y a los ricos. Resistamos sin odio, sin rencor ni ánimo vengativo, con la suave serenidad del filósofo que reproduce exactamente la profundidad de su pensamiento y su decidida voluntad en cada uno de sus actos. Téngase presente que la escuela actual, tanto si la dirige el sacerdote religioso como el sacerdote laico, va franca y decididamente contra los hombres libres, como si fuera una espada o mejor como millones de espadas, porque se trata de preparar contra todos los innovadores los hijos de la nueva generación.

Comprendemos la escuela, como la sociedad, "sin dios ni amo", y por consiguiente consideramos como

funestos todos esos antros donde se enseña la obediencia a un dios y sobre todo a sus supuestos representantes los amos de todas las clases, curas, reyes, funcionarios, símbolos y leyes. Reprobamos tanto las escuelas en que se enseñan los pretendidos deberes cívicos, es decir, el cumplimiento de las órdenes de los erigidos en mandarines y el odio a los habitantes del otro lado de las fronteras, como aquellas otras en que se repite a los niños que han de ser como "báculos en manos de sacerdotes". Sabemos que ambas clases de escuelas son funestas e igualmente malas, y cuando tengamos la fuerza cerraremos unas y otras.

"¡Vana amenaza! se dirá con ironía. No sois los más fuertes y aun dominamos los reyes, los militares, los magistrados y los verdugos". Así parece. más todo ese aparato de represión no nos espanta, porque también la verdad es una fuerza poderosa que descubre los horrores que se ocultan en las tinieblas de la maldad; lo prueba la historia, que se desarrolla en nuestro favor, porque si es cierto que "la ciencia ha quebrado, para nuestros adversarios, no por eso ha dejado de ser un solo instante nuestro guía y nuestro apoyo.

La diferencia esencial entre los sostenedores de la Iglesia y sus enemigos, entre los envilecidos y los hombres libres, consiste en que los primeros, privados de iniciativa propia, no existen sino por la masa, carecen de todo valor individual, se debilitan poco a poco y mueren, mientras que la renovación de la vida se hace en nosotros por la acción espontánea de las fuerzas anárquicas. Nuestra naciente sociedad de hombres libres, que trata penosamente de desprenderse de la crisálida burguesa, no podría tener esperanza de triunfo, ni aun hubiese vencido, si hubiera de luchar con hombres de voluntad y de energías propias; pero la masa de los devotos y de las devotas, ajadas por la sumisión y la obediencia, queda condenada a la indecisión, al desorden volitivo, a una especie de ataxia intelectual. Cualquiera que sea, desde el punto de vista de su oficio, de su arte o de su profesión, el valor del católico creyente y practicante; cualesquiera que sean también sus cualidades de hombre, no es, respecto del pensamiento, más que una materia amorfa y sin consistencia, puesto que ha abdicado completamente su juicio, y por la fe ciega se ha colocado voluntariamente fuera de la humanidad que razona.

Forzoso es reconocer que el ejército de los católicos tiene en su favor el poder de la rutina, el funcionamiento de todas las supervivencias y continúa obrando en virtud de la fuerza de inercia. Millones de individuos doblan espontáneamente las rodillas ante el sacerdote resplandeciente de oro y seda; impulsada por una serie de movimientos reflejos, se amontona la multitud en las naves del templo en los días de la fiesta patronal; celebra Navidad y las Pascuas, porque las generaciones anteriores han celebrado periódicamente esas fiestas; los ídolos llamados la virgen y el niño quedan grabados en las imaginaciones; el escéptico venera sin saber por qué el pedazo de cobre, de marfil o de otra materia tallada en forma de crucifijo; se inclina al hablar de la "moral del Evangelio", y cuando muestra las estrellas a su hijo no se olvida de glorificar al divino relojero. Sí, todas esas criaturas de la costumbre, portavoces de la rutina, constituyen un ejército temible por su masa: esa es la materia humana que forma las mayorías y cuyos gritos sin pensamiento resuenan y llenan el espacio como si representaran una opinión. Mas ¡qué importa! al fin esa misma masa acaba por no obede-

cer los impulsos atávicos: vésele volverse indiferente a la palabrería religiosa que ya no comprende; no ve en el cura un representante de Dios para perdonar los pecados, ni un agente del demonio para embrujar hombres y bestias, sino un vivilidor que desempeña una farsa para vivir sin trabajar: lo mismo el campesino que el obrero no temen ya a su párroco, y ambos tienen alguna idea de la ciencia, sin conocerla aún y, esperando, se forman una especie de paganismo, entregándose vagamente a las fuerzas de la naturaleza.

No hay duda que una revolución silenciosa que descristianiza lentamente a las masas populares es un acontecimiento capital, pero no ha de olvidarse que los adversarios más terribles, puesto que carecen de sinceridad, no son los infelices rutinarios del pueblo, tampoco los creyentes, pobres suicidas del entendimiento que se ven prosternados en los templos, cubiertos bajo el espeso velo de la fe religiosa que les oculta el mundo real. Los hipócritas ambiciosos que les gufan y los indiferentes que sin ser católicos se han unido oficialmente a la Iglesia, los que hacen dinero de la fe, esos son mucho más peligrosos que los cristianos. Por un fenómeno contradictorio en apariencia, el ejército clerical se hace cada vez más numeroso a medida que la creencia se desvanece, debido a que las fuerzas enemigas se agrupan por ambas partes: la Iglesia reúne detrás de sí todos sus cómplices naturales de los cuales ha hecho esclavos adiestrados para el mando, reyes, militares, funcionarios de todas clases, volterianos arrepentidos y hasta padres de familia que quieren criar hijos modosos, graciosos, cultos, elegantes, pero guardándose con extrema prudencia de cuanto pudiera asemejarse a su pensamiento. — "¡Qué decís!" exclamará, sin duda, algún político de esos a quienes apasiona la lucha actual en las congregaciones y el "bloc" republicano, especie de fusión, del Parlamento francés; "¿No sabéis que el Estado y la Iglesia han roto definitivamente sus relaciones, que los crucifijos y corazones de Jesús y María se quitarán de las escuelas para ser reemplazados por hermosos retratos del presidente de la República? ¿Ignoráis que los niños serán en lo sucesivo preservados cuidadosamente de las supersticiones antiguas, y que los maestros laicos les darán una educación fundada en la ciencia, libre de toda mentira y se mostrarán siempre respetuosos de la libertad humana?" ¡Ah! Harto sabemos que surgen diferencias en las alturas entre los detentadores del poder; no ignoramos que entre las gentes del clero los seculares y los regulares están en desacuerdo sobre la distribución de las prebendas y el casual; tenemos por cierto que la antigua querrela de las *investiduras* se continúa de siglo en siglo entre el papa y los Estados laicos; pero eso no impide que las dos categorías de dominadores, religiosos y políticos, estén en el fondo de acuerdo, aun en sus excomuniones recíprocas, y que comprendan de la misma manera su misión divina respecto del pueblo gobernado; unos y otros quieren someter a los pueblos por los mismos medios, dando a la infancia idéntica enseñanza, la de la obediencia.

Ayer aún, bajo la alta protección de lo que se llama "la República", eran los dueños incontestables y absolutos. Todos los elementos de la reacción de hallaban unidos bajo el mismo lábaro simbólico, el "signo de la cruz", pero hubiera sido cándido dejarse engañar por la divisa de esa bandera; no se trataba de fe religiosa, sino de dominación: la creencia íntima era sólo un pretexto para la inmensa mayoría de los



que quieren conservar el monopolio de los poderes y de las riquezas; para ellos el objeto único consistía en impedir a todo trance la realización del ideal moderno, a saber: *el pan, el trabajo y el descanso para todos*. Nuestros enemigos, aunque odiándose y despreciándose recíprocamente, necesitaban, no obstante, agruparse en un solo partido. Hallándose aislados, las causas respectivas de las clases directoras resultaban demasiado pobres de argumentos, excesivamente ilógicas para intentar defenderse con éxito por sí solas, y por lo mismo les era indispensable coaligarse en nombre de una causa superior, y echaron mano de su Dios, al que denominan "principio de todas las cosas", "gran ordenador del universo". Y por eso, considerando demasiado expuestos los cuerpos de tropas en una batalla, abandonan las fortificaciones exteriores recientemente construidas, y se reúnen en el centro de la posición, en la ciudadela antigua, acomodada por los ingenieros a la guerra moderna.

Pero excesivamente ambiciosos, los curas y los frailes han incurrido en imprudencia notoria: jefes de la conspiración, en posesión de la consigna divina, han exigido una parte harto ventajosa del botín. La Iglesia, insaciable siempre en la rapiña, exigió un derecho de entrada a todos sus nuevos aliados, republicanos y otros, consistente en subvenciones para todas sus misiones extranjeras, en la guerra de China y en el saqueo de los palacios imperiales. De este modo se han acrecentado prodigiosamente las riquezas del clero: sólo en Francia han aumentado mucho más del doble en los veinte últimos años del siglo pasado: se cuenta por miles de millones el valor de las tierras y de las casas que pertenecen declaradamente a los curas y a los frailes; sin contar los miles de millones que poseen bajo los nombres de señores aristócratas y viejas rentistas. Los jacobinos ven con buenos ojos que esas propiedades se acumulen en las mismas manos, esperando que un día de un solo golpe se apodere de ellos el Estado; pero ese remedio, cambiará la enfermedad sin curarla. Esas propiedades, producto del dolo y del robo, han de volver a la comunidad de donde fueron extraídas; forman parte del gran haber terrestre perteneciente al conjunto de la humanidad.

Por exceso de ambición, las gentes de iglesia han cometido la torpeza, inevitable por otra parte, de no evolucionar con el siglo, y llevando además a cuestas su bagaje de antiguallas, se han retrasado en el camino. Chapurrean el latín, lo que les ha hecho olvidar el francés que se habla en París; deletrean la trilogía de Santo Tomás, pero esa trasnochada fraseología no les sirve gran cosa para discutir con los discípulos de Berthelot. No hay duda que algunos de ellos, especialmente los clérigos americanos, en lucha con una joven sociedad democrática, sustraída al prestigio de Roma, han tratado de rejuvenecer sus argumentos renovando un poco su antiguo esplendor; pero esa nueva táctica de controversia ha sido desaprobada por la autoridad suprema, y el misonismo, el odio a todo lo nuevo ha triunfado: el clero queda rezagado, con toda la horrible banda de magistrados, inquisidores y verdugos, colocándose detrás los reyes, los príncipes más ricos, no sabiendo respecto de los humildes más que pedir la caridad y no un amplio y hermoso sitio al buen sol que nos ilumina al presente. Ha habido hijos perdidos del catolicismo que han replicado al papa que se declare socialista y que se coloque atrevidamente al frente de los niveladores y de los hambrientos, pero ¡cá! los millones de su "dinero de San Pedro" y su Vaticano es lo que priva.

¡Hermoso día fué para nosotros, pensadores libres

y revolucionarios aquel en que el papa se encerró definitivamente en el dogma de su infalibilidad! ¡He ahí el hombre atrapado en una trampa de acero! Ahí está, atado a los viejos dogmas, sin poder decirse, renovarse ni vivir, obligado a atenerse al *Syllabus*, a maldecir la sociedad moderna con todos sus descubrimientos y progresos. Ya no es más que un prisionero voluntario encadenado a la orilla que dejamos atrás, y que nos persigue con sus vanas imprecaciones, mientras nosotros surcamos libremente las olas, despreciando a uno de sus lacayos que, de orden de su amo, proclama "la quiebra de la ciencia". ¡Qué alegría para nosotros! Que la Iglesia no quiera aprender ni saber, que permanezca para siempre ignorante, absurda y atada a ese lecho miserable en que yace, que ya san Pablo llamaba su locura: ¡eso es nuestro triunfo definitivo!

Transportémonos por la imaginación a los futuros tiempos de la irreligión consciente y razonada. ¿En qué consistirá, dadas esas nuevas condiciones, la obra por excelencia de los hombres de buena voluntad? En reemplazar las alucinaciones por observaciones precisas; en substituir las ilusiones celestes prometidas a los hambrientos por las realidades de una vida de justicia social, de bienestar, de trabajo libre; en el goce por los fieles de la religión humanitaria de una felicidad más substancial y más moral que aquel con que los cristianos se contentan actualmente. Lo que éstos desean es no tener la penosa tarea de pensar por sí mismos ni haber de buscar en su propia conciencia el móvil de sus acciones; no teniendo ya un fetiche visible como nuestros abuelos salvajes, se empeñan en tener un fetiche secreto que cure las heridas de su amor propio, que les consuele en sus pesares, que les dulcifique la amargura de las horas de la enfermedad y les asegure una vida inmortal exenta de todo cuidado. Pero todo eso de un modo personal: su religión no se cuida de los desgraciados que continúan peligrosamente la dura batalla de la vida; son como aquellos espectadores de la tempestad de quienes habla Lucrecio, que gozan viendo desde la playa la desesperación de los naufragos luchando contra las olas embravecidas; recuerdan de su Evangelio esa vil parábola de Cristo que representa a Lázaro el pobre, "reposado en el seno de Abraham, negándose a humedecer la punta de su dedo en agua para refrescar la lengua del maldito". (Lucas, XVI).

Nuestro ideal de felicidad no es ese egoísmo cristiano del hombre que se salva viendo perecer a su semejante y que niega una gota de agua a su enemigo; nosotros, los anarquistas, que trabajamos por nuestra completa emancipación, colaboramos por esto mismo a la libertad de todos, aun a la de aquel mal rico a quien libraremos de sus riquezas y le aseguramos el beneficio de la solidaridad de cada uno de nuestros esfuerzos.

No se concibe nuestra victoria personal sin que por ella se obtenga al mismo tiempo una victoria colectiva; nuestro anhelo de felicidad no puede codiciarse sino con la felicidad de todos, porque la sociedad anarquista, lejos de ser un cuerpo de privilegiados, es una comunidad de iguales, y será para todos una felicidad inmensa, de que no podemos formar idea actualmente, vivir en un mundo en que no se verán niños maltratados por sus padres ni serán obligados a recitar el catecismo, hambrientos que pidan el céntimo de la caridad, mujeres que se prostituyan por un pedazo de pan ni hombres válidos que se dediquen a ser soldados o polizontes faltos de medio mejor de atender a su subsistencia. Reconciliados todos, porque los intereses de dinero, de posición, de

casta, no hará enemigos natos los unos de los otros, los hombres podrán estudiar juntos, tomar parte, según sus aptitudes personales, en las obras colectivas de la transformación planetaria, en la redacción del gran libro de los conocimientos humanos; en una palabra, gozarán de una vida libre, cada vez más amplia, poderosamente consciente y fraternal, librándose así de las alucinaciones, de la religiosidad y de la Iglesia, y por encima de todo, podrán trabajar directamente para el porvenir, ocupándose de los hijos, gozando con ellos de la naturaleza y guiándoles en el estudio de las ciencias, de las artes y de la vida.

Los católicos pueden haberse apoderado oficialmente de la sociedad, pero no son ni serán sus amos, porque no saben más que ahogar, comprimir y empujar: todo lo que es la vida se les escapa. En la mayor parte su fe es muerta: no les queda más que la gesticulación piadosa, las genuflexiones, los ore-

mus, el recuento del rosario y el coronamiento del breviario. Los buenos entre los clérigos se ven obligados a huir de la Iglesia para encontrar un asilo entre los profanos, es decir, entre los confesores de la fe nueva, entre nosotros, anarquistas y revolucionarios, que vamos hacia un ideal y que trabajamos alegremente por realizarle.

Fuera, pues, de la Iglesia, absolutamente fracasada para todas las grandes esperanzas, se cumple todo lo que es grande y generoso. Y fuera de ella y aun a pesar suyo, los pobres, a quienes los clérigos prometían irónicamente todas las riquezas celestiales, conquistarán al fin el bienestar en la vida presente. A pesar de la Iglesia se fundará la verdadera Comuna, la sociedad de los hombres libres, hacia la cual nos han encaminado tantas revoluciones anteriores contra el cura y contra el rey.

ERRICO MALATESTA

## LA GUERRA Y LOS ANARQUISTAS

No hay acción nefasta ni pasión malvada que no se trate de excusar, de justificar y también de glorificar con nobles motivos por los interesados. Esto es en el fondo una cosa consoladora, pues demuestra que ciertos ideales superiores elaborados por la humanidad en el curso de su evolución han entrado en lo sucesivo en la conciencia universal y sobreviven y se imponen incluso en los momentos de mayor aberración; pero por eso no es menos necesario descubrir el engaño y denunciar los intereses sórdidos y las brutalidades atávicas que se ocultan bajo el manto de nobles sentimientos.

Así, para justificar y hacer aceptar por el pueblo la guerra de rapiña que el gobierno de Italia quería llevar a cabo en Libia, no podía bastar el anuncio embustero de la facilidad de la empresa y de las grandes ventajas económicas que reportaría al proletariado italiano. Sería verdaderamente demasiado el querer inducir a un hombre que no fuese un bruto completo, a cometer un asesinato diciéndole sólo que el sujeto a asesinar está inerme y tiene mucho dinero y que no hay peligro de ser descubierto y castigado. Era preciso por tanto, aducir razones más elevadas y persuadir a los ingenuos que se estaba frente a un caso raro en el que era posible enriquecerse realizando una acción generosa y magnánima. Y exhibieron la necesidad de desarrollar "las energías de la raza" y mostrar al mundo el valor de "nuestra gente", el derecho y el deber de propagar la civilización, y, sobre todo, el amor a la patria y a la gloria de Italia.

No nos ocuparemos aquí de las pretendidas ventajas materiales, primero porque para nosotros no justificarían la agresión, y luego porque son ya muy pocos los que creen en esas ventajas, a menos que

no se trate de los beneficios de un pequeño número de acaparadores y de proveedores militares. Pero examinaremos, pues vale la pena, las razones morales con que se ha querido justificar la guerra.

Italia, se ha dicho, no ocupa en el mundo el puesto que le compete. Los italianos no tienen conciencia de sus energías potenciales: es preciso sacudirse y salir del letargo. ¡La vida es energía, es fuerza, es acción, es lucha, y nosotros queremos vivir! ¿Es quizás la energía de la bestia de presa aquella a que se aspira? ¿O la del bravucón, la del bandolero, la del esbirro, la del verdugo? ¿O la del animal belloco — y tal vez este es el parangón que mejor se acomoda al caso —, que habiendo cobrado en la calle, vuelve a casa y da pruebas de bravura... apaleando a la mujer?

La energía de la gente civilizada, la fuerza que produce realmente intensidad de vida no es la que se despliega en las luchas inter-humanas, con la prepotencia contra los débiles, con la opresión de los vencidos. Sino aquella que se ejerce en la lucha contra las fuerzas adversas de la naturaleza, en las tareas del trabajo fecundo, en las arduas investigaciones de la ciencia, en la ayuda para que progresen las que quedan atrás, en el levantamiento de los caídos, en la conquista para todos los seres humanos de una potencia y un bienestar cada vez mayores.

Sí, ciertamente, los italianos carecen de energía. La burguesía, pálida e inerte, no sabe siquiera explotar a los trabajadores que se ofrecen y les obliga a ir a dejarse explotar en el extranjero; y los trabajadores se dejan arrojar de su país en busca de un trozo de pan, y ahora se dejan enviar a Libia a matar y a hacerse matar en beneficio de unos



cuantos especuladores engordados, a fin de conquistar nuevas tierras para aquellos que les impiden disfrutar de las tierras de Italia. Pero no es la guerra lo que les dará energía y voluntad de progresar como no da energía a quien no sabe y no quiere trabajar el dedicarse a vivir del robo y de la prostitución.

Trabajar y reivindicar el fruto de su trabajo, he ahí lo que necesitan los italianos como todos los otros pueblos.

Nosotros, dicen los guerreristas, llevamos la civilización a los bárbaros.

Veámoslo:

Civilización significa riqueza, ciencia, libertad, fraternidad, justicia; significa desarrollo material, moral e intelectual; significa el abandono y la condena de la lucha brutal, y el progreso de la solidaridad en la cooperación consciente y voluntaria.

Civilizar significa, ante todo, inspirar un sentimiento de la libertad y de la dignidad humana, elevar el valor de la vida, espolear la actividad y la iniciativa, respetar los individuos y las agrupaciones naturales o voluntarias que los hombres hacen.

¿Es esto lo que van a hacer en Africa los soldados de Italia al servicio del Banco de Roma?

A pesar de Verbicario y la Camorra, a pesar del analfabetismo, a pesar de las tierras incultas y malarías y de las millares de comunas sin agua, sin caminos, sin desagües, Italia es, sin embargo, más civilizada que Libia. Tiene obreros hábiles y fuertes; tiene médicos, ingenieros, agrónomos, artistas; tiene grandes tradiciones, tiene todo un pueblo inteligente y bueno que, cuando no ha sido sofocado por la miseria y por la tiranía, se ha mostrado siempre capaz de las obras más arduas y más nobles. Podría ascender rápidamente a las más altas cimas de la civilización humana y convertirse en el mundo en un poderoso factor de progreso y de justicia.

Es, en cambio, engañada y embriagada por aquellos mismos que la oprimen y la explotan y le impiden desarrollar sus cualidades y sus riquezas; envía al Africa soldados y sacerdotes, lleva allá estragos y rapiñas, y en la tentativa infame por reducir a la esclavitud a un pueblo extranjero, se embrutece y se esclaviza ella misma.

¡Ojalá venga pronto la hora del arrepentimiento!

Y consideremos el argumento máximo: el patriotismo.

El sentimiento patriótico tiene incontestablemente una fascinación grande en todos los países y sirve admirablemente a los explotadores de clase para, en nombre de una solidaridad ideal de raza y de nación, arrastrar a los oprimidos a servir, contra ellos mismos, los intereses de los opresores. Y esto se logra tanto más fácilmente en un país como Italia que se ha libertado ayer, solamente después de luchas cruentas y gloriosas.

Pero ¿en qué consiste propiamente el patriotismo? "En el amor al lugar nativo" o más bien en el mayor amor por el lugar donde hemos sido criados, donde hemos recibido las caricias maternales, donde jugábamos siendo niños con los niños, y ya juveniles conquistamos el primer beso de una muchacha

amada, la preferencia por la lengua que comprendemos mejor y por tanto las más íntimas relaciones con aquellos que la hablan, son hechos naturales y benéficos. Benéficos, porque, mientras inflaman el corazón con más vivos latidos y estrechan más sólidos vínculos de solidaridad en los diversos grupos humanos y favorecen la originalidad de los diversos tipos, no hacen daño a nadie, e incluso favorecen el progreso general. Y si las mencionadas preferencias no os vuelven ciegos para los méritos ajenos, si no os hacen despreciadores de una más vasta cultura y de más vastas relaciones, si no inspiráis una vanidad y orgullo ridículos haciendo creer que se vale más que otros porque se ha nacido a la sombra de un cierto campanario y en ciertos límites dados, entonces pueden llegar a ser elemento necesario en la evolución futura de la humanidad. Pues, abolidas casi las distancias por los progresos de la mecánica, abolidos por la libertad los obstáculos políticos, abolidos por la comodidad general los obstáculos económicos, permanecen la mejor garantía contra la rápida afluencia de masas enormes de emigrantes hacia los sitios más favorecidos por la naturaleza o mejor preparados por el trabajo de las generaciones pasadas: cosa que crearía un grave peligro para el pacífico progresar de la civilización.

Pero no es sólo de estos sentimientos de los que se alimenta el llamado patriotismo.

En la antigüedad la opresión del hombre por el hombre se realizaba principalmente mediante la guerra y la conquista. Era el extranjero vencedor el que se apoderaba de las tierras, el que constreñía a los indígenas a trabajarlas por él, y era, sino el único, ciertamente el más duro y execrable patrón. Y ese estado de cosas, si casi ha desaparecido en las naciones de raza europea, donde el amo es ahora la mayoría de las veces un compatriota de sus víctimas, sigue siendo todavía el carácter prevalente en las relaciones de los europeos con los pueblos de otra raza. Por tanto, la lucha contra el opresor ha tenido y tiene a menudo todavía el carácter de lucha contra el extranjero.

Desgraciadamente, pero comprensiblemente, el odio al extranjero en tanto que es opresor, transforma el dulce amor de patria en aquel sentimiento de antipatía y de rivalidad hacia los otros pueblos que se suele llamar patriotismo, y que los opresores indígenas de los diversos países explotan en su ventaja. Misión de la civilización es disipar ese equívoco nefasto y hacer fraternizar a los pueblos todos en la lucha por el bien común.

Nosotros somos internacionalistas, es decir que, como de la patria minúscula que se recogía en torno a una tienda o a un campanario y vivía en guerra con las tribus o con las comunas circundantes, se ha pasado a la patria regional y nacional mayor, así nosotros extendemos la patria al mundo entero, nos sentimos hermanos de todos los seres humanos y queremos el bienestar, la libertad, la autonomía para todos los individuos y todas las colectividades. Como para los cristianos en la época en que el cristianismo era creído y sentido, la patria era la cristianidad entera y el extranjero que había que convertir o destruir era el pagano, así para nosotros son her-

manos todos los oprimidos, todos aquellos que luchan por la emancipación humana, y son enemigos todos los opresores, todos aquellos que intentan establecer el propio bien sobre el mal ajeno, donde quiera que hayan nacido y cualquiera que sea la lengua que hablen.

Odiarnos la guerra fratricida, siempre y dañosa, y queremos la revolución social libertadora; despreciamos las luchas entre pueblos e invocamos la lucha contra las clases dominantes. Pero si se produce desgraciadamente un conflicto entre pueblo y pueblo, nosotros estamos con aquel pueblo que defiende su independencia.

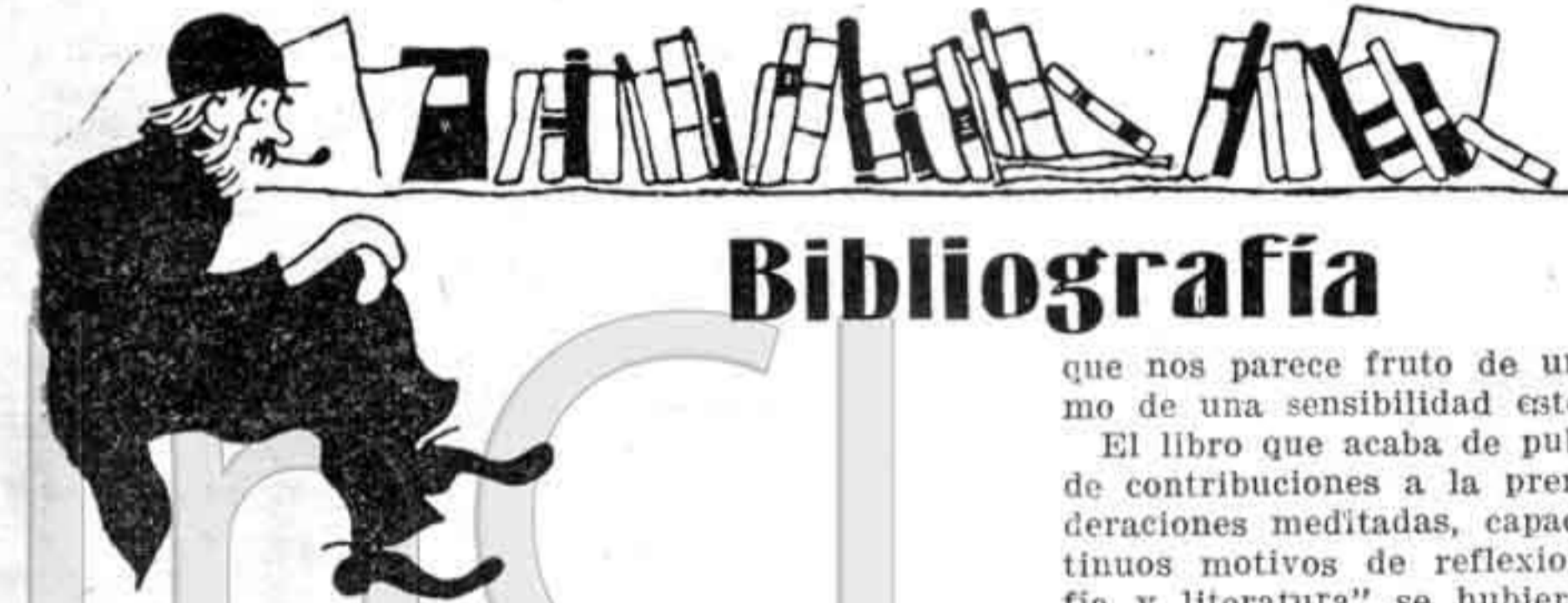
Cuando la soldadesca austriaca devastaba las campiñas lombardas, noble y santa era la rebelión de los italianos contra el tirano austriaco. Hoy que Italia va a invadir otro país y sobre la plaza del mercado de Trípoli se yergue y estrangula la horca de Vittorio Emanuele, noble y santa es la rebelión de los

árabes contra el tirano italiano.

Por el honor de Italia esperamos que el pueblo africano, aleccionado, sepa imponer al gobierno el retiro de Africa; y si no, esperamos que los árabes consigan expulsarlo.

Y al pensar así, somos todavía nosotros, "los antipatriotas", los que habremos salvado ante la historia, ante la humanidad, lo que hay de salvable del honor de Italia. Seremos nosotros los que habremos mostrado que no está completamente extinguido en Italia el sentimiento que animó a Mazzini y a Garibaldi y a toda aquella pléyade gloriosa de italianos que cubrió con sus huesos todos los campos de batalla de Europa y de América, donde se combatió una santa batalla, e hizo querido el nombre de Italia para cuantos, en todos los países, palpitan por la causa de la libertad, de la independencia y de la justicia.

AÑO 1912.



## Bibliografía

**LUIS REISSIG.** — "La campaña del general Bulele". — Novela. Buenos Aires (1928). 159 páginas.

No hace muchos meses leímos en el Suplemento Literario de "La Nación", una narración antipolítica y antiparlamentaria preciosa, escrita con una fluidez y una galanura que nos encantaron. La firmaba Luis Reissig, el autor de la presente novela, que toma como motivo la situación española para una sátira política aguda y entretenida. Aquella narración como ésta novela están, parece, inspiradas en el mismo espíritu: el de poner en ridículo la vida política, que es la mejor forma de terminar con uno de los grandes males que aquejan a la humanidad. No se tropieza, sin embargo, con palabras salientes, con expresiones duras. Al contrario, el estilo es suave, delicado y la ironía es fina; pero es claro, se comprenden maravillosamente las intenciones del autor y el lector termina la lectura meditando sobre la gran feria de vanidades y de ambiciones que es el pantano estatista, sobre el foco de corrupción y de banditismo que es la política.

**GISBERTA S. DE KURT.** — "La sugestión de las cosas y de los seres". — 280 págs. S.o. Buenos Aires, (1928).

Entre las escritoras de la Argentina, donde no es oro todo lo que reluce, Gisberta S. de Kurth nos parece una de las figuras más respetables. Tiene un gran conocimiento del idioma, un profundo sentimiento de la belleza, una penetración psicológica

que nos parece fruto de una alta cultura tanto como de una sensibilidad estética bien desarrollada.

El libro que acaba de publicar es una recopilación de contribuciones a la prensa. Narraciones y consideraciones meditadas, capaces de dar al lector continuos motivos de reflexiones y ensueños. "Filosofía y literatura" se hubiera podido titular el libro también. En resumen, una escritora que tiene algo que decir y una obra que no nos hace arrepentir del tiempo que hemos dedicado a su lectura.

**Dr. RAUL VILLARROEL.** — "Vocabulario griego-argentino" (para estudiantes y estudiosos). — Santa Fe, (1928), 44 págs. gr. S.o.

El profesor Villarroel, el conocido librepensador santafecino, acaba de publicar un breve vocabulario griego-español (con caracteres latinos), en donde se recogen las palabras griegas más importantes como fuentes del idioma castellano. A continuación del folleto hay en apéndice dos interesantes artículos de carácter filosófico y moral, uno de ellos: "Origen y desarrollo de la moral" que podríamos suscribir, en líneas generales, también nosotros.

**SANCHEZ AIZCORBE.** — "Primer congreso panamericano de la tuberculosis. — Trabajos presentados por el Dr. ... Un vol. 87 páginas. Buenos Aires (1928).

El doctor Sánchez Aizcorbe ha presentado al primero congreso panamericano contra la tuberculosis varios trabajos, uno sobre la climatoterapia marítima de la tuberculosis en el Perú, otro sobre la acción social en la lucha contra la tuberculosis y un tercero sobre la cultura física de la mujer en la profilaxia de la tuberculosis, que se reúnen en este folleto. El último de los citados nos ha interesado especialmente a pesar de las invocaciones teológicas del autor.



# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

## MAX NETTLAU—

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España. (1886-1873). — 132 págs. . \$ 0.50  
Edición especial, papel pluma . „ 1.—  
Encuadernado en tela . . . . „ 2.50

Errico Malatesta, la vida de un anarquista. Trad. de D. A. de Santillán. — 262 págs. . . . „ 1.20  
Edición especial, papel pluma . „ 2.—  
Encuadernado en tela . . . . „ 3.50

Fernand Pelloutier y el sindicalismo (folleto) . . . . . „ 0.15

## RUDOLF ROCKER—

Johann Most, la vida de un rebelde.— Prólogo de A. Berkman. Dos tomos de 350 págs. cada uno. Precio, cada tomo „ 1.50  
La maldición del practicismo. 32 págs. . . . . „ 0.10

## RUDENKO—

En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista. — Trad. del ruso, por J. Company . . „ 0.15

## JAMES GUILLAUME

Miguel Bakunin. (Noticias biográficas). 42 págs. . . . . „ 0.20

## MIGUEL BAKUNIN— (OBRAS COMPLETAS)

I La Revolución Social en Francia. — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs. „ 1.50

II La Revolución Social en Francia. — Tomo segundo. Pról. de Max Nettlau. Un vol. de 287 págs. . . . . „ 1.50

III Consideraciones filosóficas. Pról. de Max Nettlau. Un volumen de 350 págs. . . . „ 1.50

IV Dios y el Estado. Prólogo de Max Nettlau. Un volumen de 276 págs. . . . . „ 1.50  
Los mismos, encuadernados en tela . . . . . „ 3.50

## ERRICO MALATESTA

Anarquía. — 48 páginas . . . „ 0.20  
En el Café. — Trad. de D. A. de Santillán. Prólogo de Luis Fabbri. 108 págs. . . . . „ 0.30

## PEDRO KROPOTKIN

Conferencias. — I) El Estado, su rol histórico. El Estado Moderno. — Un vol. de 146 páginas . . . . . „ 0.50  
Encuadernado en tela . . . . „ 1.50  
A los jóvenes. — 28 págs. . . . „ 0.10

## LUIS FABBRI—

Cartas a una mujer sobre la anarquía.— Un tomo de 110 páginas . . . . . „ 0.50

Influencias burguesas sobre el anarquismo. — 48 págs. . . . „ 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA  
Los anarquistas. (Estudio y réplica). Un vol. de 166 págs. „ 1.—

NIDO, ROCKER y NEMO

Nacionalismo y anarquismo. — 64 págs. . . . . „ 0.20

## SEBASTIAN FAURE

Mi Comunismo. (La felicidad universal). — Un volumen de 432 págs. . . . . „ 2.—  
Encuadernado en tela . . . . „ 3.50

## “TEMAS SUBVERSIVOS”

Un volumen de 350 págs., \$ 1.50  
La falsa redención . . . . . „ 0.10  
La dictadura de la burguesía . „ 0.10  
La patria de los ricos . . . . . „ 0.10  
La podredumbre parlamentaria „ 0.10  
La moral oficial y... la otra . „ 0.10  
La mujer . . . . . „ 0.10  
El niño . . . . . „ 0.10  
Las familias numerosas . . . . „ 0.10  
Los oficios odiosos . . . . . „ 0.10  
Las fuerzas de la revolución . „ 0.10  
La conmoción revolucionaria . „ 0.10  
La verdadera redención . . . . „ 0.10

## J. DEJACQUE

El Humanisferio. — Un vol. de 142 págs. Pról. de M. Nettlau y Eliseo Reclus . . . . . „ 0.50

## ELISEO RECLUS

A mi hermano el campesino . . \$ 0.10

## JUAN CRUSAO

Carta Gaucha. 6.ª edición . . . „ 0.10

## D. A. DE SANTILLAN

La jornada de seis horas. — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. 28 págs. „ 0.10

## AGUSTIN SOUCHY

La Ucrania revolucionaria. Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920. — Un vol. de 62 págs. „ 0.30

## S. RADOWITZKY

La voz de mi conciencia. — 16 páginas . . . . . „ 0.10

## VARIOS

Certamen Internacional de LA PROTESTA.—160 páginas en 4.º, encuadernado en tela . . „ 2.—